CLARA ANN SIMONS

LA GUARDIANA

SERIE TENIENTE SIERRA LANCER



La guardiana

Serie Teniente Sierra Lancer

Clara Ann Simons

La guardiana
Clara Ann Simons

Copyright © 2025 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 21/04/2025

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Me gustaría agradecer la ayuda de Maysun Halah Bañón y Carmen Colorado Ferreira por su infinita paciencia mientras escribía este libro. Sin ellas, el resultado no habría sido el mismo.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

Capítulo 1

La sangre no miente. Sobre la nieve, adquiere ya un color granate oscuro debido al frío. Eso indica que el chico lleva muerto varias horas. Dibuja un patrón en espiral perfecto. Demasiado perfecto.

El joven yace en el suelo con los brazos extendidos, como si fuese un cristo pagano sacrificado bajo la noche de Montana. En su frente han dibujado un símbolo que pretende ser tribal, pero que dudo mucho que lo sea. Lo pintaron con una mezcla entre ceniza y sangre y algo me dice que quien lo haya hecho, desconoce por completo sus costumbres.

No es un ritual. No tendría ningún sentido, los Pies Negros son una nación pacífica. Es una ejecución disfrazada de ceremonia.

Me arrodillo junto al cadáver, ignorando el viento que corta esta noche como un cuchillo. No tendrá más de veintidós o veintitrés años. Sus brazos forman un ángulo de noventa grados con el torso. En sus ojos, el reflejo del terror de ese último instante de vida.

—¿Qué opinas, Lancer? —pregunta el oficial Sabatto, balanceándose sobre los talones mientras sopla las manos para calentarlas. Está claro que tiene ganas de irse a dormir cuanto antes.

—Deberías llamar al forense para que lo analice bien —gruño, sin desviar la mirada del cadáver.

—¿Disculpa?

—No lo sé, todo parece…demasiado preciso.

Sabatto suelta un largo bufido.

—¿Ahora te has convertido en una experta en rituales de la Nación Pies Negros? Mira, Sierra, no es asunto nuestro —anuncia mientras guarda la libreta en el bolsillo interior de su chaqueta—. Ya tenemos bastantes problemas con muy poco personal como para meternos en los líos de la reserva. No sé ni para qué te pregunto, solo estás aquí como guardabosques.

Prefiero ignorar sus palabras y saco el teléfono para tomar algunas fotografías. Sé que tiene pocos recursos a su disposición, es lo que tiene trabajar en una comisaría pequeña.

De pronto, observo algo extraño. Junto al hombro izquierdo hay una pequeña mancha oscura que no parece sangre.

—Aceite industrial —mascullo entre dientes.

—¿Has dicho algo, Lancer? —pregunta Sabatto.

—Deberías llamar al forense antes de mover el cuerpo —insisto —. Hay cosas que no encajan.

—Vamos a terminar con esto —ordena—. Que se lo lleve la policía tribal. Es asunto suyo, no nuestro. Mañana, la prensa dirá que ha sido algún tipo de disputa y todos podremos seguir con nuestro trabajo. Ya sabes cómo van estas cosas —añade, encogiéndose de hombros.

Mientras observo cómo introducen el cuerpo en una bolsa negra, algo se rompe en mi interior. Esa extraña sensación de que las cosas no se están haciendo del modo correcto. La misma que tuve en aquella emboscada en Filipinas segundos antes de que todo se fuese a la mierda.

—Regresa a tu cabaña, Lancer. Alex te estará esperando —grita Sabatto, ya montado en el coche de policía.

Cuando todos los vehículos se alejan, la noche recupera su silencio fantasmal. Solo el ocasional crujido de las ramas bajo el peso de la nieve o el distante ulular de un búho rompen la quietud. En noches oscuras como esta, el Parque Nacional Glacier adquiere un aire casi sobrenatural. Es belleza y amenaza al mismo tiempo.

De pie, junto a mi viejo Jeep, se dibuja una figura que parece soportar el frío de manera estoica. Alto, fuerte, con abundante pelo negro recogido en una trenza que cae sobre el hombro derecho. Le reconocería en cualquier parte. Ezekiel Running Wolf, viejo amigo y mi principal contacto con la reserva de los Pies Negros. En su desgastada chaqueta de cuero aún se distingue el emblema de los veteranos nativos americanos.

—Zeke. No esperaba verte aquí —saludo.

—Me envía Red Elk —explica—. Dijo que hablase contigo en cuanto se fuese la policía.

Red Elk, el nombre me trae muchos recuerdos. Es uno de los ancianos más respetados, guardián de unas tradiciones que se remontan a varios siglos atrás.

—¿Sabes lo que ocurre? Ni por asomo me creo toda esta mierda de los rituales.

Los ojos de Running Wolf reflejan una mezcla entre rabia y preocupación.

—Nunca, Sierra. Nunca. En ningún momento de la larga historia de la Nación Pies Negros se hicieron sacrificios humanos. Pretenden hacernos pasar por salvajes. Todo está mal —explica en voz baja—. Quien lo hizo, ni siquiera se molestó en investigar nuestras costumbres.

—¿Qué crees que buscan?

—Hacernos parecer violentos —Running Wolf escupe las palabras como si fuesen veneno—. La prensa hablará de rituales y una parte de los habitantes nos mirará con miedo. Aumentará la discriminación de nuevo.

Escucharle me trae recuerdos demasiado dolorosos. Su hermano estaba conmigo en aquella misión en Filipinas. Cayó en la jungla junto a una buena parte de nuestros compañeros. Las imágenes regresan una vez más. El calor sofocante, los disparos, los gritos en un idioma que no podía entender. Mi respiración se acelera y un zumbido llena mis oídos. Vuelve la angustia, la sensación de no poder escapar.

—¿Sierra? —la voz de Running Wolf me devuelve a la realidad.

—Estoy bien —miento, dejando escapar un largo suspiro—. ¿Red Elk tiene alguna idea de quién podría estar detrás de todo esto?

—Lo hablará contigo en persona. Mañana, al amanecer, en su cabaña.

Mi instinto me dice que debo mantenerme al margen. Ya tengo suficientes demonios persiguiéndome cada día como para añadir alguno más. Pero la forma en que mataron a ese chico... No puedo simplemente darle la espalda. Y, de algún modo, creo que se lo debo a la memoria del hermano de Running Wolf.

—¿Por qué yo, Zeke? ¿No debería encargarse la policía tribal?

—Lo harán. Pero Red Elk te conoce, Sierra —continúa—. Sabe lo que fuiste antes de convertirte en ranger. Sabe que puedes ver cosas que otros no ven.

A lo lejos, los vehículos policiales son ya tan solo puntos de luz. Soy consciente de que para ellos es algo difícil de manejar. Una muerte en ese limbo legal que son las tierras fronterizas entre la reserva de la Nación Pies Negros y el parque nacional.

—¿Dónde está la cabaña de Red Elk?

Running Wolf esboza una sonrisa tenue, apenas visible en la oscuridad.

—En la frontera de la reserva, donde se unen el arroyo Hawk y las tierras ancestrales. Te esperaré en la gasolinera que hay en la salida norte de Coram a las cinco y media. Iremos juntos.

Capítulo 2

El viejo Jeep ruge en la fría madrugada de Montana. El cielo está aún negro, sin rastro del amanecer. Los parches de hielo que se acumulan en la carretera no se irán hasta que salga el sol. Cada cierto tiempo, desvío la mirada al espejo retrovisor, comprobando que nadie me sigue. Un hábito que no puedo, ni quiero, perder.

La MK23 descansa bajo el asiento, cargada y lista, por si hiciese falta usarla. Antes de que me quiera dar cuenta, la gasolinera en la salida norte de Coram aparece frente a mí como si fuese un oasis de neón en medio de una oscuridad casi total.

Puntual como un reloj suizo, Running Wolf me espera apoyado contra un poste. El olor a madera quemada y tabaco de pipa invade el interior del coche cuando entra.

—¿Cómo está Red Elk? Hace mucho que no sé nada de él —inquiero, incorporándome a la carretera.

—Viejo como las montañas. Y mucho más duro que ellas —suspira.

Avanzamos en silencio por la US-2, dejando atrás las pocas luces que se mantienen encendidas en Coram a estas horas de la madrugada. Reviso el espejo retrovisor, un vehículo nos sigue a distancia, pero gira en una salida secundaria tras unos kilómetros.

—¿Sigues viendo fantasmas? —pregunta al notar mi vigilancia constante.

—Los fantasmas me siguen viendo a mí.

Una sonrisa triste se dibuja en su rostro curtido.

—Kato también los veía. Cuando volvisteis de Afganistán.

Kato Running Wolf, su sangre aún mancha mis pesadillas.

—Zeke, en relación a tu hermano…

—Eligió esa vida. Igual que tú. No tienes que disculparte por haber sobrevivido y él no —me corta, levantando una mano—. Gira aquí —indica a continuación, señalando con el dedo índice hacia un camino de tierra que se adentra en la reserva.

Pronto, la carretera se convierte en un sendero cada vez más estrecho. Las ramas de los pinos rozan los laterales del Jeep mientras ascendemos por un terreno desigual. En esta parte del parque nacional, el bosque es denso, ancestral, completamente negro a estas horas.

—Red Elk vive en la frontera entre los dos mundos. Dice que eso le ayuda a ver las cosas con los ojos de los *Napikwan.* Según él, de ese modo comprende mejor vuestro comportamiento, aunque no siga vuestro sendero.

—Tu hermano solía llamarme *Napikwan kii áítsimoyii*... la *Napikwan* que pregunta mucho. Decía que nunca me callaba, como si quisiera aprenderlo todo sobre vuestra cultura en un solo día —admito con una sonrisa amarga.

El camino muere frente a una cabaña de madera con un pronunciado tejado a dos aguas. El humo que sale de la chimenea dibuja figuras fantasmales contra el cielo oscuro.

—Hemos llegado —anuncia.

Aparco junto a un viejo Ford pickup. Antes de salir, saco de debajo del asiento mi MK23 y la coloco en mi costado bajo la chaqueta. Running Wolf me observa y niega con la cabeza.

—Aquí no la necesitas, Sierra —me recuerda.

Me siento desnuda sin ella, me ha sacado de muchos apuros, pero tiene razón. No quiero ofenderles, así que vuelvo a dejarla donde estaba.

La puerta de la cabaña se abre antes de que lleguemos al porche. Red Elk aparece ante nosotros como una silueta recortada contra la luz del interior. Alto a pesar de su edad, con el cabello completamente blanco que cae en dos trenzas sobre un pecho aún poderoso.

—Sierra Lancer. El viento me dijo que vendrías —saluda.

—El viento y tu nieto —ironizo, señalando a Running Wolf con un gesto de mi cabeza.

Una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Entra. La noche no es buen lugar para mantener conversaciones importantes.

Dentro, la leña crepita en una chimenea de piedra y le da a toda la cabaña un acogedor aroma a madera quemada. Las paredes están decoradas con pieles, cuernos de animales y algunas viejas fotografías enmarcadas en madera. Los pocos muebles son robustos y sencillos, seguramente muy viejos. Hechos a mano.

—Siéntate —indica el anciano, señalando una silla junto a una mesa de roble—. El café está listo.

Running Wolf permanece de pie junto a la ventana, observando mientras su abuelo sirve café negro en tres tazas de hojalata.

—Sabes por qué estás aquí —suspira. No es una pregunta, es más bien una afirmación.

—Por el chico muerto.

—Por lo que su muerte significa —corrige. Sus palabras son lentas, como si quisiese que cada una de ellas cale en mi cabeza—. Por lo que vendrá después.

Enciende una pipa con cierta dificultad. Sus dedos son nudosos como las raíces de los árboles. Kato me dijo una vez que le dolían mucho los huesos, aunque intentaba disimularlo.

Despliega un mapa sobre la mesa, dibujado a mano con trazos precisos y anotaciones en una mezcla de inglés y *Niitsi'powahsin*, su idioma.

—Mira —indica, señalando una serie de puntos marcados con símbolos rojos—. Aquí, aquí, y aquí. Eso solo en los últimos seis meses.

Estudio el mapa. Conozco bien el territorio, es la sección noreste de la reserva, cerca de la frontera con el parque nacional. Zona de arroyos, valles estrechos e impresionantes formaciones rocosas.

—¿Qué son estos símbolos?

—Sensores —interviene Running Wolf desde la ventana—. Los encontramos enterrados a un metro de profundidad.

—¿Y estas cruces? —inquiero, señalando con el dedo índice unas marcas verdes desperdigadas por una zona aún más amplia.

—Marcas topográficas. No aparecen en ningún mapa oficial. Alguien está cartografiando nuestras tierras en secreto.

—Tierras raras —explica Red Elk como si cada palabra le quemase en la boca.

—¿Tierras raras?

—Bajo nuestros pies. Principalmente, neodimio, disprosio e itrio —expone Running Wolf—. En nuestro territorio sagrado.

—Joder —mascullo—. Perdón.

El anciano sonríe y golpea el mapa con el dedo.

—Nos prometen todo tipo de riquezas, pero no hemos aceptado vender. Parece que ahora han cambiado de táctica —añade mientras me clava la mirada, como si pretendiese leer mis pensamientos.

—¿Por qué yo? —inquiero sin comprender—. ¿Qué puedo hacer?

Red Elk no responde. Se levanta con movimientos lentos y extrae algo envuelto en tela de un viejo baúl de cuero. Lo coloca sobre la mesa y retira la tela con reverencia.

Es una fotografía antigua, sepia, con los bordes doblados por el tiempo. Muestra a un grupo de guerreros Pies Negros en su vestimenta tradicional. Entre ellos hay un hombre blanco, aunque lleva también el pelo largo y adornos tribales.

—1912 —explica el anciano—. Hubo otros mucho antes que él, pero es el primer *Na'komaáki* de la era moderna.

—¿*Na'komaáki*?

—Guardián sin sangre Pies Negros —traduce—. Un extraño que se convirtió en protector cuando nadie más podía serlo.

Estudio la foto con atención. El hombre blanco no posa como un turista o un antropólogo. Está plenamente integrado, pertenece al grupo.

—Era un desertor del ejército —continúa Red Elk—. Vino aquí huyendo y se quedó para defender a nuestro pueblo.

—¿Defender de quién?

—De los que querían nuestra tierra. De los que nos mataban como a animales —suspira con la voz cansada.

Running Wolf se acerca a nosotros y coloca una mano en mi hombro.

—La historia se repite, Sierra Lancer. Diferentes enemigos pero el mismo objetivo. Nuestra tierra.

—Necesitaremos información sobre la empresa que quiere explotar las tierras raras —admito—. No la información accesible al público. Algo más. También acceso a sistemas seguros.

El anciano asiente, como si hubiese estado esperando esa misma respuesta.

—¿Conoces a alguien que pueda proporcionarte ese tipo de cosas?

Me toco la cicatriz del hombro de manera instintiva. La punzada de dolor es tan real como el día en que la bala atravesó músculo y hueso.

—Conozco a un fantasma —confieso con un suspiro.

—¿Un fantasma?

—Alguien que no existe. Sin nombre ni rostro. Solo una voz en un teléfono que muy pocos conocen.

Red Elk me observa sin decir nada, pasándose lentamente la mano por la barbilla como si estuviese meditando mis palabras.

—A veces, los espíritus ancestrales hablan a través de personas que saben escuchar. No seré yo quien cuestione tus métodos —comenta pensativo.

A continuación, se levanta de la mesa, señal de que nuestra reunión ha terminado. Su nieto recoge el mapa y lo guarda con cuidado.

—Tienes tres días —advierte el anciano—. El consejo tribal se reunirá para votar sobre si debemos permitir que hagan estudios geológicos en nuestras tierras.

Antes de marcharnos, Red Elk me entrega un pequeño cuchillo enfundado en piel de ciervo. El mango de hueso está tallado con símbolos que no reconozco.

—Perteneció al último *Na'komaáki* —explica—. No es el ceremonial, pero puede que lo necesites.

Capítulo 3

La cerradura se abre con un suave clic. Estoy en casa. El calor de la chimenea me recibe mientras dejo las botas cubiertas de nieve a la entrada. Respiro hondo, ha preparado café.

Cruzo el pequeño salón hasta la cocina. Sobre la mesa, Alex trabaja en una serie de informes policiales. Escucha música con unos cascos y lleva puestos esos viejos pantalones de algodón que tanto le gustan para estar en casa los días que hace frío.

Me acerco con cuidado de no hacer ruido, observando cómo muerde de manera distraída el extremo del bolígrafo mientras lee. Me encantan sus manos, pequeñas, con las uñas cortas y bien cuidadas. Manos que nunca han tenido que matar a nadie.

Me inclino para besar su cabeza. Huele a manzanilla y a ese champú caro que se empeña en comprar en Nueva York. Alex da un pequeño respingo y a continuación sonríe sin darse la vuelta.

—Te escuché entrar —miente.

—Imposible —susurro contra su pelo.

Inclina la cabeza hacia atrás para mirarme y sonríe de nuevo cuando beso su frente.

—¿Dónde estabas? Te he echado de menos —suspira.

Acaricio su cuello con el reverso de la mano antes de deslizarla desde su mandíbula hasta los labios.

—Han sido tan solo unas horas —respondo sin querer dar una explicación.

Alex sujeta mi mano contra su boca y la besa. Apoya la cabeza en mi brazo y sus dedos juegan con los míos de manera distraída.

No sé si es consciente de que eso me desarma; la forma en que me toca como si supiese lo que no digo.

Se detiene en las yemas de mis dedos. No las aprieta. Tan solo las roza con suavidad, como si buscase algo que sabe que no está.

—Se hace muy raro que no tengas huellas, están casi lisas —dice tan bajo que apenas puedo escucharla.

Me quedo quieta.

No porque me incomode. O tal vez sí, un poco, pero es parte de mi pasado.

Tampoco porque sea un secreto, Alex lo sabe, aunque es una de esas cosas de las que nunca hablamos.

—Supongo que es raro —respondo en un tono de voz igual de bajo.

Me sigue acariciando muy suave, como si tuviese miedo de romper algo. A mí.

—¿Cómo se siente? —inquiere mientras lleva los dedos a sus labios para besarlos.

Trago saliva. No estoy segura de por qué esa pregunta me duele un poco. Tal vez porque no sé la respuesta exacta. O quizá porque la sé demasiado bien.

—Al principio... era como ser libre —admito—. Ser invisible era parte de mi trabajo. Borrarme del sistema, significaba una ventaja. Nos enseñaron a desaparecer. Oficialmente, una buena parte de mis misiones nunca existieron.

Alex no dice nada, pero no deja de acariciar mis dedos con tanta suavidad que duele más que cualquier herida.

—Con el tiempo… —continúo— empecé a sentirme extraña. Es como si una parte de mí no hubiese existido. Mis compañeros muertos en Filipinas nunca recibieron un corazón púrpura como merecían. La versión oficial es que murieron en un accidente de tráfico durante unas maniobras en el desierto de Nevada.

—Para mí sí existes —murmura contra mis dedos—. Y por eso me duele que no cuentes conmigo.

—Alex, yo…

—¿Me vas a decir dónde has ido tan temprano? —insiste y su tono de voz cambia por completo.

—Es complicado —respondo, separándome de ella.

Alex deja escapar un largo suspiro y pega un manotazo sobre los informes policiales.

—Contigo, todo es complicado, Sierra —bufa, arrastrando la silla hacia atrás para levantarse—. Y siempre me dejas al margen.

—No es eso.

—¿No? ¿Entonces qué es? ¿Me lo quieres explicar? —protesta, cruzando los brazos sobre su pecho—. Porque llevo meses intentando que me dejes formar parte de tu vida. De la verdadera, no de esa fachada que muestras.

—A veces trabajo temprano —explico, evitando mirarla a los ojos.

—¡No me mientas, joder! —chilla—. Distingo bien los momentos en los que estás en modo guardabosques y en los que estás en modo operaciones especiales. Es como si vivieses en dos realidades paralelas, solo que en una de ellas no me permites entrar. Y eso me está matando, Sierra.

Mantengo el rostro inexpresivo, la misma máscara que usaba durante los interrogatorios en países cuyos nombres ni siquiera puedo mencionar.

—Alex, hay cosas que es mejor que no…

—No, no me vengas otra vez con la misma mierda de siempre —me interrumpe, levantando la mano—. Eso de que "hay cosas que es mejor que no sepa" o "es solo por tu seguridad".

Lo dice alzando la voz y golpeando la pared con la palma de la mano. Es la primera vez que hace algo así, y el sonido retumba en la pequeña cabaña casi como un disparo.

—Estoy harta, Sierra. Harta de ser tu apoyo emocional cuando tienes pesadillas. Harta de ser tu novia solo durante una parte del día para que luego no me incluyas cuando de verdad importa.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que fui a ver a un anciano de la Nación Pies Negros por ese chico que apareció muerto con símbolos falsos en la frente? ¿Que alguien está intentando que los Pies Negros parezcan unos salvajes cuando están plenamente integrados?

—¡Sí, maldita sea! —chilla de nuevo, alzando los brazos—. ¡Eso es exactamente lo que quiero que me digas! Quiero que me cuentes lo que haces, lo que piensas, a qué te enfrentas. Quiero que me incluyas en tu vida de una jodida vez, no solo en una parte de ella.

—Eres policía, Alex. No puedo pedirte que…

—¿Qué? ¿Que mire hacia otro lado? ¿Que rompa las reglas si es por una buena causa? —se acerca más, hasta colocarse a escasos centímetros de mí—. ¿No fue eso lo que hicimos en Canadá cuando

rescatamos juntas a aquellas chicas? ¿O es que no confías en mí lo suficiente?

—Confío en ti más que en nadie —respondo, más bajo de lo que pretendía.

—Pues no lo parece, la verdad. ¿Sabes? Estaba muy ilusionada con ese viaje a Praga. Después de lo que pasaste en Alaska, pensé que nos vendría bien desconectar, ser normales por una vez. Solas tú y yo, sin armas, sin peligros, sin secretos. Recorrer la ciudad como dos turistas.

—Las cosas se han complicado con lo de ese chico, pero será rápido.

—Las cosas siempre se complican contigo, Sierra. Ese es el problema. Nunca terminan. Siempre hay una misión más, un secreto más, un peligro más. Una parte de ti nunca ha abandonado las fuerzas especiales y eso me asusta.

—Ese chico no merecía morir, Alex. La forma en que lo encontraron...

—¡No cambies de tema, joder! —protesta—. No estamos hablando del chico. Es sobre nosotras. Sobre lo que quieres que seamos. En caso de que lo sepas o de que quieras que seamos algo, porque hay momentos en que ni siquiera estoy segura. No sé si quieres que de verdad me quede contigo o solo que no me vaya. Porque hay una diferencia muy grande.

—Hay cosas que no puedo traer a casa. Es más seguro para ti.

—Vete a la mierda, Sierra. Esto no va de lo que traes a casa, sino de lo que te guardas solo para ti, sin dejarme formar parte de tu vida.

Lo dice ahora en voz baja, sin chillar. A continuación, gira sobre sus talones y se aleja. La puerta de nuestro dormitorio se cierra con un suave clic, sin portazos y de alguna manera, duele más que cualquier grito. Sé que se está rompiendo por dentro y es culpa mía.

***

Dos horas más tarde, Alex sigue encerrada en nuestro dormitorio y yo no sé qué hacer. Levanto una tabla suelta en el suelo y saco una pequeña caja metálica. Contiene un teléfono que pensé que no

volvería a usar. La pantalla se ilumina con un brillo azulado cuando ingreso el código para iniciar una videollamada encriptada.

El rostro de Juniper aparece tras unos segundos. Me hace gracia verla con un mono naranja con el logo de la empresa para la que ahora trabaja.

—¡Sierra Lancer! Pensé que habías cambiado mi número de teléfono por el de una veterinaria.

—¿Una veterinaria?

—¿Tu novia y tú no tenéis gatitos ni nada de eso?

—Eres gilipollas, Jun. ¿Estás ocupada?

Detrás de ella puedo ver el océano y las luces de algunas plataformas.

—¿Qué te ocurre? Tienes una expresión rara.

—Alex y yo… —me detengo, hago una pausa sin saber cómo continuar.

—¿Ahora te peleas con tu novia en vez de con los malos? Es una mejora, supongo. Espero que ella no te dispare. Déjame adivinar: quiere más de ti de lo que estás dispuesta a dar.

—Quiere saber cosas que no puedo contarle —confieso, frotando de manera inconsciente la cicatriz en mi hombro izquierdo—. Cosas que podrían ponerla en peligro.

—¿O quizá que podrían mostrar una parte de ti que no quieres que vea?

Guardo silencio, incapaz de negar lo que ambas sabemos que es cierto.

—No sé cómo hacer esto, Jun.

—¿El qué? ¿Dejar que alguien que te importa entre en tu vida? No todas son como nosotras, Sierra —añade con un tono de voz más suave—. Algunas personas quieren saber qué pasa por tu cabeza, qué te preocupa. No se conforman solo con esperar a que regreses viva a casa. Lo sé porque arruiné varias relaciones del mismo modo.

—Alex es distinta —admito—. Es… es demasiado buena persona para todo esto.

—¿Para todo esto o para ti? Esa es una excusa barata, Lancer. Y no te pega en absoluto.

—Algo pasa en la reserva de la Nación Pies Negros —confieso cambiando de tema—. Algo potencialmente peligroso. Y no quiero arrastrarla conmigo.

—Quizás ella quiere que la arrastres.

Su comentario me deja en silencio. Juniper se inclina hacia la cámara.

—¿Recuerdas cuando estuvimos en Yemen? —continúa—. A veces es mejor tener a alguien a tu lado en vez de tan solo esperando en una cabaña.

Yemen. Recuerdo a Juniper atrapada en aquel edificio, cómo no permití que nadie más entrase a buscarla. Cómo elegí ir sola.

—No es lo mismo —murmuro.

—Es exactamente lo mismo —insiste—. La dejaste fuera para protegerla, pero ¿y si ella puede protegerte a ti?

Mi teléfono habitual vibra con un mensaje. No aparece ningún número, pero sé que es de Mouse. Tres palabras: "Kordex Earth Metals".

—Tengo que irme —anuncio—. Te llamaré pronto.

—Sierra —me detiene antes de que corte la llamada—. No todos estamos rotos de la misma manera. Tú tienes la suerte de tener a tu lado a alguien que hace todo lo posible por entenderte. Déjala entrar de una vez —añade con un suspiro.

Corto la llamada y contemplo ambos teléfonos. Uno me conecta con mi pasado, con la muerte, con secretos enterrados en informes clasificados que nunca verán la luz. El otro, con un futuro que nunca creí merecer.

Un nuevo mensaje de Mouse: "¿Hasta dónde quieres llegar?"

Tecleo una rápida respuesta: "Hasta donde haga falta".

Capítulo 4

La nieve cruje bajo mis botas mientras avanzo en la oscuridad antes del amanecer. El cielo está aún completamente negro, pero hacia el este comienza ya a clarear.

Los cuatro cargadores extra pesan en mi cinturón táctico. No vengo a cazar, pero tampoco a dar un paseo y no sé con qué me encontraré.

Me detengo en el punto exacto donde el joven fue asesinado. Parece muy diferente sin las luces de los vehículos policiales. Más solitario. El patrón en espiral de la sangre ha desaparecido bajo una capa de nieve fresca, pero aún lo recuerdo demasiado bien. Me arrodillo y escarbo la superficie. Todavía se puede encontrar algún hilo carmesí. Memorias congeladas.

Sabatto debió llamar al forense. Los asesinos llegaron por alguna parte. Y ese chico no vino por voluntad propia, alguien lo trajo hasta aquí.

—Veamos qué tenemos —murmuro mientras enciendo la linterna.

El haz de luz corta la oscuridad como un bisturí. Camino en espiral, ampliando el radio de búsqueda desde el punto en el que encontraron al chico muerto. A unos cien metros encuentro lo que buscaba: huellas de neumáticos parcialmente cubiertas por una nevada reciente.

—Un vehículo pesado. Tracción a las cuatro ruedas — mascullo entre dientes.

Me agacho para examinarlas mejor. No son las típicas de los todoterrenos que utilizan en la reserva o los vehículos oficiales del parque. Son más anchas, con un dibujo más agresivo. De alta gama.

Sigo el rastro, moviéndome como una sombra entre los pinos. Las huellas me llevan hacia el este, adentrándose en territorio de la reserva de la Nación Pies Negros. Me detengo y levanto la vista. Con la primera luz de la mañana, puedo distinguir que alguien ha

removido la tierra en varios puntos. Quizá no de una forma evidente, lo ha hecho con cuidado.

El mapa de Red Elk regresa a mi memoria. Los puntos marcados. Los sensores.

Modifico el rumbo, dirigiéndome hacia donde calculo que podría haber alguno de esos dispositivos. A unos quinientos metros del lugar en el que asesinaron al chico, detecto un pequeño montículo que parece natural, pero no lo es. La nieve está distribuida de una forma demasiado uniforme, como si alguien hubiese intentado recrear una roca cubierta por el frío manto blanco.

A menos de un metro de profundidad, toco con la punta de los dedos algo duro y metálico.

—No son aficionados —mascullo al examinarlo.

Un sensor sísmico. Pero no uno comercial o académico. Negro mate, con un sistema de anclaje al suelo que está diseñado para resistir las condiciones extremas. Similar a los que utilizábamos para detectar movimientos de tropas hostiles en los túneles de las montañas afganas.

Todo concuerda con la información que Mouse me envió anoche. Kordex Earth Metals está utilizando esos dispositivos para realizar un mapeo detallado del subsuelo. Buscan tierras raras: neodimio, disprosio, itrio. Sin perforaciones visibles a gran escala. Están creando un mapa geológico completo que les aporte ventaja en las negociaciones con el consejo tribal.

Tomo varias fotografías del sensor, incluyendo el número de serie, parcialmente visible en un lateral, y lo entierro de nuevo. Si alguien viene a revisar, no debe notar que han sido descubiertos.

El sol comienza a asomar por el horizonte. No tengo mucho tiempo antes de que mi presencia aquí pueda ser detectada.

Tras media hora de búsqueda, encuentro algo más interesante: un cable apenas visible. Emerge de la tierra antes de volver a enterrarse.

—No es un cable común.

Es lo primero que pienso al tocarlo. El peso, la rigidez. Incluso bajo la escarcha puedo sentir el trenzado de acero y la capa de polímero táctico.

Fibra óptica blindada. Grado militar, probablemente clase S o superior.

Es el tipo de cable que usas cuando no puedes permitirte fallos. Cuando la pérdida de datos no es una opción.

Lo sigo con los dedos, enterrado bajo capas de nieve. No está colocado al azar. Está anclado. Oculto. Y alguien se tomó muchas molestias para que nadie lo viese.

Eso me dice mucho.

Más de lo que me gustaría.

Me conduce hacia un pequeño acantilado que se alza unos treinta metros sobre el nivel del suelo. El cable asciende por la pared rocosa, bien disimulado entre las grietas naturales.

Trepo con cuidado, sintiendo cómo mis músculos protestan tras una noche entera sin dormir. En la cima, parcialmente oculta por un grupo de arbustos y rocas, encuentro lo que buscaba: una caja de derivación camuflada. Está pintada con recubrimiento térmico. Gris mate, ligeramente rugosa al tacto. Refleja el frío, invisible para cualquier dron o cámara de imágenes térmicas. Esto no lo pone una compañía minera normal. Es de alguien que no quiere ser encontrado. Sin la pista del cable, habría sido imposible detectarla.

Hay algo más que Running Wolf mencionó cuando abandoné la cabaña de su abuelo. Algo sumergido en el lago Sherburne, cerca de la frontera entre el parque y la reserva.

El bosque despierta a mi alrededor mientras me muevo entre los árboles. Ardillas rojas en busca de alimento, un ciervo que me mira curioso a lo lejos. Vine aquí para llevar una vida tranquila, para disfrutar de esta belleza natural de Montana. Quizá Juniper tenga razón y soy yo quien atrae los problemas.

Dejo escapar un gruñido antes de sumergirme. El primer contacto con el frío lago es como un puñetazo en el pecho. El agua mantiene temperaturas cercanas al punto de congelación.

A unos siete metros de profundidad, mis dedos, ya entumecidos por el frío, tocan algo metálico. Es cilíndrico, del tamaño aproximado de un barril pequeño. Está asegurado al fondo con algún tipo de anclaje. Intento liberarlo, pero necesito sumergirme varias veces antes de conseguirlo.

Es un contenedor estanco. Tiene marcas de identificación, pero han sido dañadas para evitar su rastreo. Un sistema de GPS inactivo y lo que parece ser un temporizador. Podría ser cualquier cosa, desde un equipo de monitoreo hasta explosivos. Prefiero dejarlo escondido. Ojalá Jun estuviese aquí para evaluarlo.

Cuando por fin regreso a la cabaña, estoy prácticamente congelada. La calefacción del Jeep no ha sido suficiente para entrar en calor.

—¡Joder, Sierra! —exclama Alex, levantándose de un salto—. Quítate esa ropa ahora mismo —ordena.

No tengo energía para dar explicaciones o excusas. Tampoco para discutir.

—¿Cómo te hiciste esto? —inquiere, pasando la punta de los dedos cerca de un corte en mi brazo.

—Rocas afiladas —respondo vagamente—. Estaba... inspeccionando algo.

Alex deja escapar un suspiro, pero no insiste. En su lugar, se gira hacia la bañera y abre el grifo del agua caliente.

—Métete dentro —indica cuando la bañera está casi llena.

Obedezco sin protestar. El calor duele al principio, pero pronto se convierte en un alivio para mi cuerpo.

Para mi sorpresa, Alex se desnuda y se sienta detrás de mí, acomodándose para que pueda recostarme contra ella.

—Ven, inclina la cabeza hacia atrás —susurra a mi oído.

Coloca la ducha sobre mi pelo y, a continuación, lo masajea con movimientos circulares. Es algo íntimo, vulnerable de un modo que rara vez permito, incluso con ella.

—No tienes que hacer esto —suspiro.

—Cállate, Lancer. Por una vez, deja que alguien cuide de ti —rebate besando mi hombro.

Permanecemos en un silencio cómodo, tan solo interrumpido por el suave chapoteo del agua al movernos.

—Deberías haberme pedido que fuese contigo —protesta mientras aplica acondicionador a mi pelo.

—Era peligroso.

—¿Y enfrentarte sola lo hace menos peligroso?

Lentamente, acaricio sus piernas bajo el agua.

—Están mapeando el subsuelo de la reserva de los Pies Negros. Buscan tierras raras —confieso al fin.

—¿Quién?

—Kordex Earth Metals. Es una empresa canadiense, pero utiliza equipo que no debería ser accesible para civiles.

—¿Y el chico muerto? ¿Cómo encaja en todo esto? ¿Está relacionado?

—No lo sé aún —admito—. Quizá descubrió algo que no debía o simplemente tratan de manipular a la opinión pública contra los Pies Negros.

El agua comienza a enfriarse. Alex se levanta primero, ofreciéndome la mano para ayudarme a salir.

Mientras me seca en silencio, me sorprende lo diferente que se siente.

—La próxima vez, llévame contigo —sisea antes de besarme en el cuello.

No es un ruego ni una orden. Es una afirmación simple, directa.

—No quiero ponerte en peligro —respondo.

—Podría mantenerte viva —rebate—. ¿Quién te habría encontrado hoy si te hubieses desmayado por hipotermia en ese lago? Ahora vamos a la cama. Necesitas descansar.

Capítulo 5

Trato de moverme con cuidado para no despertarla, pero abre los ojos con pereza y se estira junto a mí como una gata. Sonríe como si quisiese hacerme entender que incluso dormida está pendiente de mí.

—Buenos días, madrugadora —susurra, girándose para besar mi hombro—. ¿Qué tal has dormido?

—Mejor que de costumbre —admito, cerrando los ojos al sentir que acaricia mi cuello con el reverso de la mano.

—Me gusta cuando dejas que te dé mimos —murmura mientras traza círculos alrededor de la cicatriz de mi hombro.

No respondo. No hay necesidad de palabras. Continúo con los ojos cerrados y dejo escapar un suspiro que le dice todo lo que necesita saber.

—Date la vuelta —sisea junto a mi oído antes de besarme con suavidad tras el lóbulo de la oreja.

Al hacerlo, se coloca sobre mi cuerpo desnudo, rodeando mi cintura mientras me besa en la nuca. Besos tan ligeros que parecen suspiros.

—Te quiero —confieso al sentir que comienza a frotarse sobre mis nalgas, tan bajito que casi parece que no quiero que me escuche.

Pero lo hace y sonríe contra mi piel mientras mi mano busca la suya y entrelazamos nuestros dedos sobre mi vientre.

—Yo también te quiero —responde antes de darme un mordisco cariñoso en el hombro.

Me abraza con fuerza y suspira. No es un abrazo sexual, aunque hay en él una intimidad que supera cualquier contacto físico. Es un abrazo que dice: "estoy aquí y siempre estaré. No me voy a ninguna parte".

—¿Sabes? Podríamos quedarnos así todo el día.

—¿En la cama? —inquiero, girando la cabeza para besarla.

—En la cama. En la cabaña. En Montana. Donde sea, siempre que estemos juntas.

—Me gusta cómo suena —admito.

Alex sonríe, una sonrisa tan auténtica que parece transformar todo su rostro.

—Podría acostumbrarme a despertarme así el resto de mi vida —confiesa besando mi frente.

—¿Conmigo quitándote la manta por la noche y ocupando tres cuartos de la cama?

—Con todo —responde, poniendo los ojos en blanco—. Sin manta, con tus piernas en mi lado de la cama, con tu pelo en mi cara cada vez que me doy la vuelta. Con tus pesadillas y tus silencios. Con todo lo que tú eres.

Me acurruco contra ella, mi cabeza encajando perfectamente bajo su barbilla mientras trazo con la punta de los dedos patrones sin sentido sobre su piel. Por primera vez en mucho tiempo, no tengo prisa por levantarme, ni por moverme, ni por hacer algo. Quiero quedarme anclada en este momento, en esta burbuja donde solo existimos Alex y yo. Un mundo en el que los sensores sísmicos, las tierras raras, Kordex Earth Metals o la misión de Filipinas son tan solo palabras distantes, sin poder alguno sobre mí.

—¿En qué piensas? —pregunta al tiempo que acaricia mi espalda con la punta de los dedos.

—En lo extraño que es esto. Sentirme... segura.

Su mano se detiene un instante.

—¿Extraño en el buen sentido?

—En el mejor sentido posible —confieso—. Si te soy sincera, nunca pensé que tendría esto. Alguien que me conociese de verdad y que, aun así, quisiera quedarse. No estoy segura de merecerlo.

Alex se separa ligeramente para mirarme a los ojos y de pronto se pone muy seria.

—Sierra Lancer, eres la mujer más valiente, testaruda e imposible que he conocido. Pero no hay ninguna otra persona en el mundo con la que me gustaría estar que no seas tú.

Meneo la cabeza y sonrío mientras ella continúa con sus caricias. Traza el contorno de mis costillas, la curva de mi cadera, mis muslos.

No hay ninguna urgencia, es como si tuviese todo el tiempo del mundo para recorrer cada centímetro de mi piel desnuda.

Y yo tan solo cierro los ojos y me dejo hacer. No me tenso, no desvío su atención con besos más intensos, no intento tomar el control. Simplemente, me entrego a la sensación de ser acariciada, de que me cuiden, de ser… amada.

***

Mucho antes de lo que me gustaría, el teléfono suena en la mesita de noche. Alex deja escapar un largo soplido de frustración y frunce el ceño al escuchar el sonido, diferente al de mis llamadas habituales.

—Lo siento. Es Mouse —explico, presionando el botón para aceptar la llamada.

—Sierra, tengo información crítica sobre Kordex Earth Metals.

La voz metálica llena la habitación cuando activo el altavoz. Observo de reojo la reacción de Alex. Alza las cejas y abre la boca con sorpresa al escucharle por primera vez, pero no dice nada. Se limita a sentarse más erguida sobre la cama.

—Te escucho —respondo, incorporándome yo también.

—He accedido a sus servidores a través de una vulnerabilidad en su sistema informático —continúa—. Tienen un topo dentro de la Nación Pies Negros. Un tal Michael Whispering Stone que recibe pagos mensuales a través de una cuenta en las Islas Caimán. Cinco mil dólares cada treinta días durante los últimos ocho meses.

—Eso explica su repentino interés en la "modernización" de la reserva —gruño—. ¿Algo más?

—Según los correos internos entre ejecutivos de Kordex, esperan que Whispering Stone pueda persuadir a suficientes miembros del consejo tribal para aprobar un "estudio geológico preliminar". Nada que les comprometa, solo para conocer el posible valor de esas tierras. Es solo el primer paso. Dejarían entrar a un monstruo en su territorio sagrado.

Alex se acerca más a mí, su hombro tocando el mío mientras escucha.

—¿Qué hay del chico muerto?

—No hay menciones directas —responde Mouse tras una breve pausa—. Pero encontré un archivo cifrado al que habían llamado "incidentes controlados". Quieren generar el caos para dividir al consejo tribal, aunque algo me dice que se les fue de las manos.

Siento que se me hiela la sangre al escucharle.

—Hay algo más y no te va a gustar —la voz metálica de Mouse adquiere un tono aún más grave—. Kordex ha contratado a un equipo de mercenarios. Está dirigido por Pavel Vortek.

El nombre cae como una bomba. Mi cuerpo se tensa de manera inmediata y siento que Alex lo nota.

—¿Estás seguro de eso? —inquiero, aunque sé perfectamente que Mouse nunca tiene fallos.

—Positivo. Contrato firmado hace tres semanas. Equipo de seis operadores, todos ex-militares. Su historial es… preocupante.

—Lo conozco —admito, más para Alex que para Mouse—. Fuerzas especiales. Delta Force. Coincidimos en una misión conjunta en Tayikistán, hace unos seis años.

—Abandonó el ejército poco después, al empezar las investigaciones. Desde entonces, ha trabajado en África Central y Sudamérica. También hay informes no confirmados de su implicación en la desaparición de activistas ambientales en Perú el año pasado.

—Gracias, Mouse. ¿Algo más que deba saber?

—He desarrollado un sistema de comunicación en tiempo real. Si decides intervenir, podría proporcionarte apoyo táctico. Enviaré los detalles a tu dispositivo.

—Recibido.

La llamada termina y permanecemos en un silencio tenso.

—¿Quién es ese hombre? Ese que mencionó Mouse. Tu expresión ha cambiado por completo —pregunta con preocupación.

Dejo escapar un soplido antes de responder.

—Estaba en la Delta Force. Brillante tácticamente, pero… —me detengo, buscando las palabras adecuadas—… carece de cualquier tipo de restricciones morales.

—¿Qué sucedió en Tayikistán?

—Jun y yo acompañamos a su equipo en una operación conjunta. SEAL y Delta. Teníamos que extraer a un informante de una aldea

controlada por insurgentes. Debía ser limpio y discreto. Al final… bueno, tuvimos serios problemas entre nosotros por su modo de actuar. Como te dije, ese hombre carece de restricciones morales.

—Y ahora podría estar aquí —concluye Alex.

—Y ahora podría estar aquí —repito con un suspiro—. Y si han contratado a su equipo de mercenarios, es que están dispuestos a llegar muy lejos.

—¿Ese tipo siempre habla así? —pregunta de repente, cambiando de tema.

La pregunta me sorprende tanto que me hace sonreír.

—¿Mouse?

—Sí, ese.

—Utiliza un modulador de voz.

—Suena como uno de esos robots de las películas antiguas —ironiza—. ¿Quién es realmente?

—No lo sé. Podría ser un hombre, una mujer, un grupo de personas... Nadie lo sabe con certeza.

—¿Nunca le has visto?

—Nadie le ha visto. Al menos nadie que yo conozca. Siempre bromeamos con la posibilidad de que ni siquiera sea un ser humano —le explico sin poder evitar una sonrisa—. Lo único que sé es que me ha salvado el culo en más ocasiones de las que puedo contar y que es el mejor.

—¿Por qué te sigue ayudando?

—No lo sé —confieso—. Creo que tiene su propia motivación contra la injusticia y los abusos de poder. Trabaja para alguna agencia del gobierno, pero tiene su propia agenda.

—Entonces, ¿confías en alguien a quien nunca has visto, que podría ser cualquiera o incluso no existir, con una motivación desconocida?

—Confío en Mouse por completo y me da igual quién sea o para quien trabaje —admito.

—¿Y qué hacemos ahora? La policía no tiene jurisdicción sobre la reserva y el FBI tan solo intervendrá en un caso muy grave.

—¿Sigues empeñada en participar?

—No me vas a convencer de lo contrario.

—Ahora, debemos recopilar información para que el consejo tribal conozca los detalles de lo que ocurre. Con Vortek en la ecuación, el riesgo ha aumentado de manera notable.

—¿Y si está aquí?

—Por ahora, le evitamos —respondo sin dudar—. No estamos equipadas para enfrentarnos a él y a su equipo. Son profesionales militares con armamento de primera línea.

—Pero si nos descubren…

—Si nos descubren, nos retiramos de inmediato —suspiro, colocando un mechón de pelo detrás de su oreja—. Sin riesgos innecesarios. No disparará a una agente de policía si puede evitarlo. Atraería demasiado la atención.

—Sierra, sé que este tipo de situaciones… te llevan a un lugar diferente. En Canadá te he visto entrar en ese modo de combate, cuando tus ojos cambian y te vuelves una persona distinta.

—Lo sé —admito.

—Prométeme que no dejarás que su pasado tome el control —murmura, cogiendo mis manos entre las suyas para apretarlas.

Solamente asiento lentamente con la cabeza, porque ni yo misma sé si llegado el caso, seré capaz de cumplir una promesa de ese tipo.

Capítulo 6

El cementerio de la reserva de los Pies Negros es un lugar austero. Sencillo. Una extensión de tierra situada en la ladera de una colina desde la que se pueden contemplar valles y montañas que han pertenecido a estas personas durante generaciones. No hay caminos claros, solo las huellas recientes de un ciervo, como si los espíritus aún hablasen con los animales del bosque.

La nieve cubre las tumbas, pero algunas ofrendas siguen visibles: una bota vieja junto a un retrato, una bufanda de lana deshilachada atada a una cruz de madera. El viento arrastra el graznido de un cuervo solitario, y entre las lápidas, sobresale una piedra pintada a mano: la figura de un caballo sobre un fondo rojo. Alguien todavía recuerda sus sueños. Para la Nación Pies Negros, la muerte no es el olvido. Es conversación. Quieta. Persistente. Y, en días como este, casi sagrada.

Los tambores suenan con un ritmo grave y constante, casi como un latido. Junto a un sencillo ataúd de madera, Red Elk oficia la ceremonia con una dignidad solemne. El vapor escapa de su boca con cada palabra, como si sus oraciones pudiesen materializarse antes de elevarse hacia un cielo que hoy parece cerrado.

El cuerpo de Mary Two Feathers descansa ya en la tierra. Apenas tuve tiempo de examinar los detalles, pero el suficiente para saber que no fue un suicidio.

—Creo que está diciendo algo de que Mary era un puente entre mundos —traduce Alex en voz baja—. Que utilizaba el conocimiento de los *Napikwan* para proteger las tradiciones de su pueblo. ¿Sabes que estudiaba derecho en la universidad?

La miro de reojo, sorprendida.

—¿Hablas su idioma?

—Estoy aprendiendo un poco —admite con una sonrisa algo triste—. Pensé que sería útil para mi trabajo. Quizá si me prestases más atención, lo sabrías.

Asiento y me disculpo. Todavía sorprendida por el modo en que tocó brevemente el hombro de la abuela de Mary para intentar consolarla. Un gesto pequeño, humano. El tipo de cosas que a mí nunca se me ocurren.

A pocos metros de nosotras, observo a Michael Whispering Stone. Viste un traje oscuro que contrasta con la vestimenta más tradicional de los ancianos. Inclina la cabeza en señal de respeto, pero hay algo en su postura que me inquieta. Es como una tensión contenida, una atención demasiado consciente. No está verdaderamente presente en el duelo. Está calculando.

—¿Ese es Michael Whispering Stone? —susurra Alex, siguiendo mi mirada.

—Sí. El infiltrado de la compañía minera.

—No parece muy afectado.

—No lo está —le aseguro—. Está midiendo el impacto, evaluando cómo usar esta desgracia a su favor.

Los tambores se detienen. Red Elk termina su oración. Durante unos segundos, el silencio lo envuelve todo, roto tan solo por el sollozo contenido de la abuela de Mary y el viento entre los árboles. A continuación, como respondiendo a una señal invisible, la multitud comienza a dividirse en dos grupos diferentes.

Los ancianos y las familias permanecen cerca de la tumba, ofreciendo consuelo a la abuela de la chica muerta. Los jóvenes, sin embargo, se reúnen a varios metros de distancia. Sus rostros reflejan algo más que dolor. Hay ira en su expresión. Resentimiento. La muerte de Mary comienza a transformarse en combustible para algo más.

Un joven alto y fuerte, con el pelo recogido en una trenza, destaca entre ellos. Eleva la voz al hablar. James Two Feathers, el primo de Mary, según me informó Zeke Running Wolf.

Whispering Stone se mueve entre ambos grupos con una naturalidad estudiada. Se acerca a los ancianos, intercambia unas palabras y asiente con solemnidad. A continuación, como si fuese un diplomático, se desliza entre el grupo de jóvenes. Dice algo en voz baja al primo de Mary, colocando una mano sobre su hombro.

—Está jugando a dos bandas —murmura Alex—. Mira cómo navega entre ellos. Es bueno.

—Bueno, y sin escrúpulos, por eso le han elegido.

Tras ese gesto, el primo de Mary grita algo sobre venganza y varios jóvenes le secundan. Otros, mantienen los puños apretados, su cuerpo tenso. Les está manipulando.

—Es realmente bueno —susurra Alex a mi oído—. Parece que está calmando los ánimos, pero en realidad está alimentando el fuego.

—Y lo dirige exactamente hacia la dirección que Kordex Earth Metals necesita —admito—. Si hay un enfrentamiento en la reunión del consejo tribal, les facilita el trabajo.

—Deberíamos irnos —propone Alex, notando que algunos de los jóvenes comienzan a mirarnos con recelo—. No queremos llamar demasiado la atención.

Mientras caminamos hacia el Jeep, observo a Zeke Running Wolf despidiéndose de un grupo de ancianos. Nuestras miradas se cruzan por un instante. Me hace un gesto de confirmación: él también ha observado la actuación de Michael. Él también entiende lo que está ocurriendo.

La nieve cae ahora con más intensidad, borrando gradualmente nuestras huellas.

Borrar. Eso es lo que Kordex está haciendo: borrando vidas, borrando la verdad, borrando fronteras.

***

La puerta de la cabaña se cierra con un golpe seco, aislándonos del frío exterior. Enciendo el fuego mientras Alex prepara la cena. Permanecemos en silencio. Ninguna de nosotras habla durante varios minutos. El viento en el exterior es el único sonido que se escucha.

El funeral nos ha dejado huella. En Alex observo una indignación que la impulsa a actuar. En mí… en mí creo que empieza a gestarse algo mucho más oscuro. Y eso me aterra.

—He recibido información sobre Mary Two Feathers —anuncia, mirando la pantalla de su teléfono móvil—. Había presentado

recursos legales contra tres proyectos mineros en los últimos dos años.

—La consideraban una amenaza —asiento—. Podía movilizar tanto a los ancianos como a los jóvenes. Era un puente, como dijo Red Elk.

—Y por eso tenía que desaparecer —suspira Alex.

Me acerco a la ventana. El viento azota la nieve con fuerza contra la cabaña. Y entonces ocurre. El aullido del viento se distorsiona. Se convierte en gritos de dolor y agonía. El aire se vuelve espeso. Huele a pólvora.

Pego la espalda a la pared y me dejo caer hasta quedar sentada en el suelo. Abrazo las rodillas y una montaña desértica me rodea. Estoy empapada en sudor. Chen se desploma a mi izquierda, su pecho abierto por el impacto. Rodríguez grita por la radio, pero sus palabras se pierden. Y la niña… aquella niña de ojos tristes me mira desde la entrada de una de las chozas antes de morir.

Mi respiración se acelera. Un zumbido agudo me sacude los oídos, ahoga cualquier otro sonido. Trato de moverme, pero mis piernas parecen hechas de plomo. La habitación comienza a girar a mi alrededor. Las paredes de la cabaña se estrechan, se convierten ahora en la densa vegetación de la selva de Filipinas.

No puedo respirar. Algo pesado oprime mi pecho, como si una losa enorme e invisible lo aplastase.

—Sierra.

La voz de Alex llega distorsionada, como si estuviese debajo del agua. Parpadeo, intento enfocar su rostro, pero solo veo sombras. El pánico se intensifica, una bestia que conozco demasiado bien. La única a la que tengo miedo. Mi cuerpo entero tiembla. Necesito… necesito…

Me arrastro hacia el dormitorio. Cada movimiento es una batalla. Consigo abrir la puerta y llegar hasta el armario.

Con torpeza, levanto la tabla suelta del fondo. Una pequeña caja metálica me espera, la última línea de defensa contra los demonios que me persiguen. La abro con dificultad. Dentro, bien ordenados, están mis recursos de emergencia: documentos falsos, dinero en

efectivo en varias divisas, un teléfono seguro y en un rincón, el frasco ámbar de Lorazepam.

Intento abrirlo, pero la tapa se resiste. Mis manos tiemblan demasiado. La frustración se une al pánico. Golpeo el frasco contra el suelo, desesperada.

—Sierra. Déjame a mí.

Alex se arrodilla frente a mí. Ni siquiera la había escuchado entrar en la habitación. Me observa preocupada. Sin decir nada, abre el frasco y me entrega una de las pastillas. Blanca, pequeña, insignificante en apariencia. La mantengo bajo la lengua sin tragar, queriendo demostrarme a mí misma que puedo controlar la situación sin el fármaco. Pero me engaño.

—Agua —gruño.

Alex desaparece y regresa con un vaso. Me siento contra la puerta del armario, cierro los ojos a la espera de que el medicamento haga efecto. Ella se sienta a mi lado, en silencio, rodeándome con sus brazos para que apoye la cabeza sobre su pecho.

No dice nada. No pregunta, no juzga. Simplemente, está ahí mientras el Lorazepam comienza a deshacer los nudos en mi sistema nervioso, mientras suaviza artificialmente la realidad.

Los minutos pasan, podrían ser horas. La habitación deja de girar. Ya no escucho los gritos. Tampoco los disparos.

—Fue la hermana pequeña de Mary —murmuro, mi voz un susurro apenas audible—. Su mirada desgarrada… me llevó de vuelta a Afganistán. A una niña que no pude salvar.

Alex me abraza con más fuerza.

—No puedes salvar a todo el mundo.

—Eso es exactamente lo que me decía la terapeuta de la marina —admito con una risa amarga—. Como si eso pudiese hacer desaparecer los gritos que escucho cada noche.

Alex coge mi barbilla entre los dedos y me obliga a mirarla a los ojos.

—Escúchame —ordena con voz firme—. Lo que pasó en Filipinas, en Afganistán, en todas esas misiones… no fue culpa tuya. Seguías

órdenes. Hacías tu trabajo. Lo que hagamos ahora… Ayudar a esta gente, sí lo es. No solo tuya, sino nuestra.

Sus palabras penetran con lentitud a través de la neblina que empieza a envolver mis pensamientos. El Lorazepam actúa rápido en mí. Siempre lo ha hecho.

—No dejaré que mueran más personas —susurro—. No otra vez.

—Entonces, déjame ayudarte —responde mientras acaricia mi pómulo con el dedo pulgar—. No como policía. Como la mujer que te ama.

Me pesan los párpados. Me dejo guiar hasta la cama, me tumbo en ella y Alex me cubre con una manta.

—No te vayas —ruego, cogiendo su mano.

—No me voy a ir —promete mientras se acuesta a mi lado—. Me quedaré aquí contigo. Ahora, duerme. Ya hablaremos mañana de tu pequeño compartimento secreto en el armario.

Capítulo 7

—¿Estás segura de esto? —pregunta Alex, rompiendo el silencio que nos envuelve desde que dejamos la cabaña hace más de media hora.

—No —suspiro—. Pero lo haré de todos modos.

Ralentizo la marcha. El camino se estrecha. A ambos lados, el bosque del Parque Nacional Glacier se cierne sobre nosotras en la noche.

—¿Sabes algo de estos rituales? —inquiere con preocupación—. ¿De lo que significa ser… cómo lo llamó el anciano?

—*Na'komaáki* —explico, teniendo cuidado de pronunciar cada sílaba—. La Guardiana sin sangre nativa. Y no, no sé nada más de lo que Red Elk me contó.

Alex asiente, aunque sigue nerviosa. Sus dedos tamborilean de continuo sobre la guantera. De pronto, saca una pequeña bolsa blanca de su chaqueta. La sostiene un instante, como si dudase.

—Quería dártelo al llegar, pero… —hace una pausa y me lo ofrece—. Toma. Era de mi abuela.

—¿Qué es?

—Detén el coche un momento y ábrelo.

El motor ronronea mientras nos paramos en un pequeño claro, manteniendo el calor dentro del vehículo. Con cuidado, desenrollo la tela. En su interior descansa un collar de plata del que cuelga una especie de escudo.

—Mi abuela decía que protege a quien lo lleve.

—Alex, es tu colgante… No puedo… —protesto, negando con la cabeza y extendiendo la mano para devolvérselo.

—Me protegió cuando más lo necesitaba —me interrumpe, cerrando mis dedos sobre el collar—. Lo llevaba el día que… —hace una pausa, tragando saliva—. El día en que rescatamos a aquellas niñas en Canadá—. Ahora quiero que te proteja a ti.

—Gracias —murmuro, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Alex solamente asiente.

—Vamos. No queremos hacer esperar a los ancianos.

Pronto, el camino se hace más empinado, serpentea entre formaciones rocosas que se alzan a ambos lados como feroces guerreros. Es el territorio sagrado de los Pies Negros. Un lugar donde la tierra conserva secretos que el tiempo no ha podido borrar.

Zeke ya me está esperando. Viste una camisa ceremonial de cuero con cuentas y plumas. Su pelo está recogido en una trenza más elaborada. Hasta parece algo más alto.

—Los ancianos ya están reunidos —anuncia.

No hay más explicaciones. Me guía por un sendero apenas visible que asciende por la ladera de la montaña y que, de pronto, se abre a un claro más amplio, rodeado por antorchas clavadas en la nieve. El aire huele a salvia quemada, corteza de abeto y resina de pino y parece despertar algo primitivo en mi interior.

Los ancianos están sentados en semicírculo frente a una gran piedra plana, tallada con símbolos que no entiendo.

Running Wolf me indica que avance. Alex se detiene en el límite del claro. Este es un camino que debo recorrer en solitario.

Joseph Red Elk camina hacia mí con paso lento, envuelto en un manto de piel de bisonte. A su lado, una mujer muy anciana, más hueso que carne, sostiene una caja de madera adornada con plumas de búho. Casi viva, como si contuviese algo que respira.

A mi alrededor, los ojos de los ancianos Pies Negros me estudian. Miden mi valía. ¿Qué ven en mí? ¿Una extraña? ¿Una guerrera? ¿Una amenaza?

Extiendo las manos con las palmas hacia arriba en un gesto que espero que transmita respeto.

—Sierra Lancer —murmura Red Elk—. Has venido a nosotros en tiempos oscuros.

No sé qué responder, así que tan solo guardo silencio. El instinto me dice que es un momento para escuchar, no para hablar.

El anciano extiende los brazos hacia el cielo y habla en un tono ceremonial.

—Desde los tiempos en que el trueno hablaba con los árboles, cuando los lobos eran nuestros hermanos y nacían las montañas, han existido los *Na'komaáki* —hace una pausa y me clava una mirada que contradice su edad—. No nace aquí, pero sangra con nosotros, con los guerreros Pies Negros. No tiene nombre en nuestras historias, pero las defiende con su vida. Llega cuando la tribu está rota. Cuando la tierra gime. Y hoy, nosotros, los hijos del viento y del hueso, te llamamos, Sierra Lancer, a caminar ese camino sagrado.

El resto de los ancianos emiten un murmullo y en mi cabeza suena una alarma: esto es demasiado. No soy lo que ellos creen. Solo soy una mujer completamente rota, impredecible, alguien que intenta recomponerse mientras la persiguen unos fantasmas que se niegan a desaparecer.

La anciana da un paso adelante. Sus manos son nudosas como las raíces de un árbol muy viejo, retorcido por el tiempo. Coloca la caja entre nosotros y la abre con veneración.

Dentro hay tres objetos.

Un puñado de tierra negra que parece brillar bajo la luz de las antorchas.

Un colgante de piedra labrada, con un símbolo circular dividido en cuatro secciones.

Un cuchillo de sílex, viejo y astillado, con la empuñadura envuelta en cuero curtido.

Red Elk toma un puñado de la tierra negra y la esparce sobre la palma de mi mano.

—Proviene de la montaña sagrada —explica—. Mezclada con las cenizas de rituales ancestrales. La tierra que sostiene a nuestro pueblo desde que el tiempo comenzó a contar sus ciclos. Para que recuerdes que si luchas por esta tierra, también formas parte de ella —añade.

La anciana da un paso adelante. Saca el colgante de piedra. Bajo la luz de las antorchas, puedo distinguir que cada una de las cuatro secciones contiene un grabado. Uno parece una llama, otro una gota de agua, el tercero podría ser el contorno de una montaña, y el último sugiere el movimiento del viento.

—Los cuatro vientos, los cuatro espíritus —murmura la mujer—. Los cuatro elementos que sostienen nuestro mundo.

Coloca el colgante sobre mi pecho, justo encima de mi corazón.

—Para que recuerdes que no estás sola —agrega. Sus ojos están casi blancos por las cataratas, pero siento que de algún modo son capaces de ver a través de mí.

Por último, Red Elk toma el cuchillo de sílex. Lo sostiene con reverencia, como si fuese algo vivo. Al mismo tiempo, peligroso y sagrado.

—Este cuchillo —susurra— ha pasado por las manos de cada *Na'komaáki*. El último lo llevó hace ahora ochenta inviernos.

Me lo ofrece con la hoja hacia él. No como un arma, sino como una promesa.

Trago saliva. Mis manos han empuñado las armas más modernas y mortíferas. Aun así, tiemblan al sostenerlo, como si pudiese sentir las vidas que ha tocado.

—No sé si puedo ser lo que necesitáis que sea —confieso, bajando la mirada.

Red Elk sonríe.

—No te pedimos que seas perfecta, Sierra Lancer —responde—. Te pedimos que seas fiel a lo que ya eres: una protectora. Una guerrera.

Como respondiendo a una señal invisible, el círculo de ancianos comienza a cantar una antigua canción. Un canto que parece elevarse desde la tierra misma, atravesándome.

La mujer se acerca de nuevo. Saca una pequeña bolsa de cuero donde hay algún tipo de pigmento rojo y traza símbolos en mi rostro. A continuación, marca mi corazón sobre la ropa.

—Así lo decimos —proclama Red Elk, elevando la voz por encima del canto—. Y así se hace.

El canto se detiene y el bosque guarda un silencio absoluto, como si hasta el último ser vivo que en él habita contuviese la respiración.

Alex me observa desde la distancia y, bajo la luz de la luna, puedo distinguir las lágrimas que ruedan por sus mejillas. Sabe que

he cruzado una línea que no tiene vuelta atrás. Que he aceptado una responsabilidad que cambiará quién soy.

Asiente lentamente con la cabeza, como queriendo decirme que siempre estará a mi lado.

Uno a uno, los ancianos se acercan a mí y tocan mi hombro o mi brazo, murmurando palabras que no entiendo, pero que siento.

Red Elk es el último en acercarse.

—El camino de *Na'komaáki* no es fácil —anuncia bajando el tono de voz, como si quisiese que solo yo lo escuche—. Caminarás ahora entre dos mundos, sin pertenecer completamente a ninguno de ellos. Pero nunca lo olvides: la tierra y el viento te reconocen. Escúchales.

Solamente asiento lentamente con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

El ritual termina y los ancianos comienzan a dispersarse. La mujer de manos nudosas desaparece como si fuese un espíritu, sin que yo note en qué momento se marchó.

Running Wolf se acerca a mí y, por primera vez en toda la noche, sonríe.

—Mi hermano estaría muy orgulloso —confiesa, colocando una mano en mi hombro sin poder evitar que algunas lágrimas broten de sus ojos—. Él siempre dijo que tenías algo especial, Sierra Lancer. Algo más allá de tu entrenamiento o tus habilidades.

—¿Estás bien? —susurra Alex, acariciando la parte baja de mi espalda.

—No lo sé —reconozco—. Me siento… diferente.

Running Wolf asiente, como si mi respuesta tuviese todo el sentido del mundo.

—Es normal —explica—. El ritual ha abierto viejos caminos dentro de ti.

Toco las marcas en mi rostro, sintiendo la textura del pigmento seco en mi piel y me pregunto si alguna vez seré capaz de explicar lo que acaba de suceder. Si alguna vez yo misma lo entenderé.

—Es hora de volver —propone Zeke—. La noche se hace más profunda y los espíritus están inquietos. Solo recuerda una cosa —añade—. El cuchillo no es un arma, es un recordatorio.

—¿Un recordatorio?

—De que, a veces, la verdadera fuerza consiste en elegir no matar —susurra antes de despedirse de nosotras.

***

Ya en la cabaña, frente al espejo del baño, observo por primera vez las marcas del ritual: un símbolo en mi frente que parece una montaña atravesada por un rayo, trazado con precisión en un pigmento rojo oscuro.

Salgo sin poder lavar las marcas. Se sienten demasiado importantes como para eliminarlas tan pronto.

Alex me espera en el dormitorio y me hace una seña para que me tumbe junto a ella.

—En Afganistán, en una de las misiones —comienzo y mis palabras salen con dificultad, como si necesitase arrancarlas de algún lugar profundo y doloroso de mi interior—, había una niña.

Me detengo y hago una pausa. Alex no me presiona. Espera.

—Tenía unos ocho años, como la hermana de Mary Two Feathers —continúo—. Pequeña. Frágil. Con unos ojos enormes y tristes que habían visto ya demasiado sufrimiento. La tenían como escudo.

El recuerdo regresa, demasiado nítido y doloroso.

—La habían atado a la entrada de la choza. El objetivo estaba dentro. Un terrorista que financiaba a grupos de insurgentes. Mi misión era eliminarlo, pero justo entonces, la niña miró hacia mí, me clavó esa mirada triste y dudé.

Alex me abraza con fuerza, sosteniéndome como si fuese algo precioso pero roto.

—Fueron tan solo unos segundos de duda, pero nos detectaron. La hicieron explotar. La pobre niña voló por los aires delante de nosotros —las palabras salen ahora atropelladas, como si al liberarlas pudiese al fin librarme de ellas—. La niña… mis compañeros… todo se fue a la mierda en un instante porque yo… porque yo… dudé.

—Porque eres humana —susurra, besando mi sien—. Porque te importaba.

Niego con la cabeza, incapaz de aceptarlo.

—Cinco muertos. Chen, Rodríguez, Martins, Thompson. Y esa niña de ojos tristes. Cinco vidas porque dudé unos segundos.

Se me escapan las lágrimas, aunque intento mantener el control.

—He matado a mucha gente, Alex. Otros, han muerto por mi culpa, como en esa misión —suspiro—. Debes saber lo que soy. Estoy completamente rota. Te mereces a alguien mejor a tu lado.

—Esa gente a la que has disparado eran monstruos, Sierra. El mundo está mejor sin ellos, aunque sea duro decirlos. No pienses en las vidas que has quitado, sino en las que has salvado gracias a cada uno de esos disparos. Ya sé quién has sido —sisea acariciando mi mejilla con el reverso de la mano—. Y sigo aquí.

Alex me sostiene entre sus brazos. No intenta calmarme ni silenciarme. Simplemente, está ahí, como un ancla en medio del caos, permitiéndome sentir lo que he reprimido durante tantos años.

Me recuesto contra su cuerpo, dejando que me envuelva su calor. El ritual, las confesiones, me han dejado agotada, como si me hubiesen vaciado y llenado de nuevo con algo diferente.

Mientras el sueño comienza a reclamarme, regresan a mi memoria las palabras de Red Elk: "Caminarás entre dos mundos, sin pertenecer completamente a ninguno".

El viento aúlla en el exterior y, a través de la ventana, distingo una figura solitaria entre los árboles. Alto, ancho de hombros, con el pelo rapado al cero. Tan inmóvil como los pinos que le rodean.

Alza la mano derecha con un gesto que parece a la vez un saludo y una advertencia antes de desaparecer.

—¿Sierra? ¿Ocurre algo?

—Está aquí —confieso con un largo suspiro.

Capítulo 8

Mouse: Los mercenarios llegarán mañana a las 08.00. Planean varias explosiones en la reserva para desestabilizar la votación del consejo tribal. Debes detenerles.

El brillo azulado del mensaje de Mouse ilumina mi rostro mientras leo una y otra vez sus palabras. Seis mercenarios dirigidos por Pavel Vortek. Necesito ayuda. Incluso si cuento con el factor sorpresa, no serán presa fácil.

Tres tonos antes de responder, como siempre.

—¿Problemas, Lancer? —la voz de Juniper suena clara a pesar de la distancia.

—Necesito a una experta en explosivos.

—No me jodas. Pensé que solamente querías hablar porque me echabas de menos.

—¿Podrás venir? —pregunto sin rodeos.

—Siempre agradezco una distracción, ya lo sabes —responde, ajustando la cámara para que pueda verla mejor—. ¿Qué problema tienes entre manos?

—Sensores sísmicos en los territorios de la Nación Pies Negros, tierras raras y un equipo de mercenarios. Paquete completo —bromeo, pasándome la mano por el pelo.

—Suena a una buena fiesta —indica con una amplia sonrisa—. Dame cuarenta y ocho horas. Estoy en Houston, pero puedo conseguir un vuelo privado que no haga preguntas sobre mi equipaje. ¿Qué tipo de explosivos necesitas?

—Prefiero neutralizar, no destruir.

Jun silba lentamente.

—Sierra, Sierra… Te estás volviendo un poco blanda. ¿Cómo de ilegal es la operación?

—Más ilegal para ellos que para nosotras. Siempre que solo neutralicemos y no muera nadie —agrego.

Juniper sonríe y pone los ojos en blanco. No hace falta que se lo diga, ya supone que Alex está al tanto de lo que ocurre y que esta vez, intentaré no romper las reglas.

—¿Cómo van las cosas con tu policía? ¿Ya te ha domesticado o sigue intentándolo?

—Eres gilipollas —gruño.

—Antes solo te interesaban las mujeres que disparaban casi tan bien como tú.

—Alex dispara muy bien —admito—. Con una Glock, al menos.

Juniper arquea las cejas, sorprendida.

—Vaya, vaya, Sierra Lancer ablandándose. Debe ser amor del bueno —hace una pausa y su expresión se torna más seria—. ¿Se lo has dicho ya?

—¿El qué?

—Que estás enamorada, idiota.

Acaricio de manera instintiva el colgante tribal que descansa sobre mi pecho. Un nuevo gesto que he desarrollado cuando me siento incómoda.

—Preocúpate menos de mi vida amorosa y más de mover el culo y venir a Montana lo antes posible.

—¿De dónde salen esos mercenarios? ¿Sabes quién los lidera?

Hago una pausa, como no queriendo pronunciar su nombre.

—Vortek —respondo al fin—. Pavel Vortek.

—Mierda. ¿El loco ese de Tayikistán?

—El mismo.

No hacen falta más palabras. Ambas recordamos la aldea, los gritos, la operación que se fue a la mierda porque Vortek perdió el control.

—Es un jodido psicópata, Sierra. Ese hombre no tiene límites —me recuerda Juniper mientras me clava la mirada a través de la pantalla—. Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Que una compañía minera haya contratado a alguien como ese animal es señal de que…

—De que están dispuestos a todo —completo por ella.

—Y que no les importa quién muera. Civiles, ancianos, niños... para Vortek son tan solo daños colaterales.

—Por eso te necesito aquí —confieso—. No puedo enfrentarme a él yo sola.

—No lo harás —me asegura—. Llegaré lo antes posible. Y Sierra...

—¿Sí?

—Dile a tu chica lo que sientes por ella antes de que todo explote. Estas cosas nunca sabes cómo acabarán.

Cuelgo la llamada y me quedo mirando la pared durante unos minutos. Fuera, el viento zarandea los pinos que rodean la cabaña. No es Bearcliff, pero con este frío, el bosque del Parque Nacional Glacier parece un mundo aparte, ajeno a la amenaza que se cierne sobre la Nación de los Pies Negros.

El sonido de la puerta al abrirse me saca de mis pensamientos y me devuelve a la realidad.

—Joder, qué frío hace hoy —saluda Alex, sacudiéndose la nieve de los hombros antes de quitarse las botas y dejarlas a la entrada—. ¿Tenemos algo caliente?

Me levanto para preparar café, pero hay algo extraño en su mirada que me detiene.

—¿Ocurre algo? —inquiero, girando sobre mis talones.

Alex deja caer su mochila sobre la mesa con un largo soplido y saca varias carpetas.

—Es información totalmente confidencial. Yo no te he dicho nada —expone, clavándome la mirada—. Mi jefe recibió órdenes del gobernador. Están preparando una posible intervención federal en caso de que se produzca algún incidente grave en la reserva de los Pies Negros.

—¿Incidente?

—Cualquier cosa que justifique la entrada de agentes federales —explica, extendiendo sobre la mesa varias fotografías—. Mira esto, son los planos presentados por Kordex Earth Metals hace tres meses. Ya estaban planeando la explotación minera mucho antes de iniciar cualquier conversación con el consejo tribal.

—Quieren una guerra —murmuro.

—Eso parece —Alex se sienta, pasándose una mano por el pelo con frustración—. Lo peor es que no importa quién gane la votación

en el consejo. Si consiguen su "incidente", el resultado será irrelevante. Creo que más que un café necesito un whisky —suspira.

El teléfono seguro vibra con un nuevo mensaje que me hiela la sangre.

—Puede ser peor que eso —confieso con un suspiro—. Parece que Mouse ha interceptado algunos mensajes cifrados que hablan de explosivos, incluyendo la sede del consejo tribal.

—El gobernador ha dado órdenes de que la policía no intervenga en los asuntos de la reserva. Nos ha recordado que no tenemos jurisdicción y que cualquier cosa que ocurra es competencia de la policía tribal o de las agencias federales —explica Alex—. Pero… ¿todo eso por unos minerales?

—No son solo "unos minerales", Alex. Los depósitos de tierras raras bajo territorio de los Pies Negros podrían valer miles de millones. Son elementos esenciales para fabricar tecnología avanzada, desde smartphones hasta sistemas de armas. Y Estados Unidos depende casi totalmente de importaciones, principalmente de China.

—Así que esto va más allá de una simple empresa minera. Estamos hablando prácticamente de…

—De seguridad nacional —suspiro, terminando la frase por ella—. O al menos, así es como me imagino que intentarían justificarlo si ocurre un incidente lo suficientemente grave como para desestabilizar el consejo tribal.

—La prensa ya se ha encargado toda la semana de inventar historias absurdas sobre los nativos —me recuerda.

—Y si ese ataque se disfraza como que lo ha hecho algún grupo de radicales dentro de la Nación Pies Negros, la cosa se complicaría mucho más.

—Podría catalogarse como terrorismo doméstico. La reserva podría ser declarada zona de seguridad federal.

—Y mientras tanto, Kordex o cualquier otro nombre que adopten, se presentaría como un salvador —explico—. Ofrecerían empleos para los nativos, seguridad, desarrollo económico…

—Y quizá el consejo tribal ya no estaría a cargo de sus tierras sagradas, sino que habrían sido reemplazados por administradores

temporales. Eso facilitaría toda la operación.

—Hay cantidades enormes de dinero en juego. Por eso están dispuestos a todo —gruño.

—Creo que necesito otro whisky —confiesa Alex, dejándose caer sobre la silla.

Capítulo 9

Mientras cenamos, el sonido del motor de un coche interrumpe nuestra conversación. Un vehículo se acerca por el camino de entrada, sus luces cortan la oscuridad a través de las ventanas.

—Mierda —mascullo entre dientes.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. En tres segundos exactos, tengo mi SCAR-H en las manos, el seguro quitado y un cargador extra a mi lado.

—Escóndete —ordeno con un susurro—. Coge tu arma y mi MK23. Si escuchas disparos, sal por la ventana del baño y no dudes en apretar el gatillo si es necesario.

—Sierra, no pienso…

—Hazlo, joder —la corto, colocándome junto a la ventana, con cuidado de no proyectar mi sombra—. Si es Vortek, no tendrá reparo en matarte solo por estar aquí.

El vehículo se detiene frente a la cabaña. El motor sigue en marcha. Las luces impiden ver cuántas personas han venido. Aun así, si ni siquiera se han molestado en esconderse, la cosa no pinta bien para nosotras. Alguien abre la puerta del coche, pero no apaga los faros. Una técnica básica para cegar a posibles francotiradores.

Ajusto la mira, centrándola en una figura que avanza confiada hacia la entrada. Por el rabillo del ojo, observo a Alex temblando junto a la ventana del baño, su arma apuntada hacia la puerta. Vortek no puede ser tan insensato como para entrar él solo en la cabaña pegando tiros, por muy bien armado que esté.

Tres golpes con los nudillos, fuertes y confiados.

—¡Sierra Lancer! ¡Abre la jodida puerta antes de que se me congele el culo, joder! —grita Juniper desde la entrada.

Dejo escapar un largo suspiro que ni siquiera sabía que estaba reteniendo, aunque no es nada comparado con la expresión de Alex, que aún trata de recuperar la respiración. Jun sonríe a la entrada,

cargando con una bolsa militar que imagino que está llena de explosivos.

—¡Sorpresa! —bromea al entrar—. Mouse me dio tu ubicación, dijo que me necesitarías aquí cuanto antes y Hank me trajo hasta Montana.

Alex sale del baño, todavía sosteniendo entre las manos su arma, aunque la mantiene baja.

—Tú debes ser Alex. Vaya recibimiento de mierda, tú con una pistola y Sierra con un fusil de asalto.

—Supongo que eres Juniper… la experta en volar cosas —responde Alex, guardando el arma en la parte trasera de su pantalón.

—Es una de mis habilidades —admite y luego se vuelve hacia mí —. Bonito lugar, teniente. Muy… montañoso. Aunque pensé que te habrías construido un búnker subterráneo o algo así.

Alex se ríe, rompiendo parte de la tensión.

—Lo intentó, no te creas.

—Tenéis una buena posición aquí —comenta, acercándose a la ventana—. Vista clara del camino, bosque denso para cubrirse, múltiples rutas de escape. Seguro que pasaste más tiempo evaluando líneas de tiro que comprobando si el tejado tenía goteras. Por cierto, ¿tenéis algo de comer? Volar me da hambre.

Mientras colocamos un nuevo plato a la mesa y le servimos comida y un vaso de whisky con hielo, Juniper se inclina hacia mí como si quisiera contar un secreto.

—Mouse me ha dicho que Vortek ha empeorado desde Tayikistán. Le echaron de varias empresas de contratistas privados en zona de guerra. Demasiados civiles muertos.

—¿Cómo puede una empresa minera contratar a un psicópata así? —pregunta Alex con preocupación.

—Porque es bueno en lo que hace —responde Jun, encogiéndose de hombros—. Y porque algunos necesitan gente sin alma para hacer el trabajo sucio.

—Sigo necesitando más whisky —suspira Alex, sirviéndose el tercer vaso de la noche.

Juniper coge el suyo y lo alza en un brindis.

—Por las reuniones de amigas en circunstancias de mierda.

Al menos, consigue que nos riamos a pesar de la tensión.

—¿Entonces, cuál es el plan? —pregunta, inclinándose sobre la mesa—. Dices que Mouse conoce más o menos la hora y la ruta. Puedo colocar cargas en la carretera y volar los vehículos por los aires. Luego, si alguien sale vivo, te lo cargas con el rifle de francotiradora. Será fácil.

—Jun…

—Ah, mierda, que tu novia es policía —suspira—. Olvídalo, no he dicho nada.

—Interceptamos el convoy antes de que llegue a la reserva —respondo—. Neutralizar sin matar, si es posible. Necesitamos evidencia, no cadáveres.

—Te estás volviendo muy aburrida. Debe ser el amor. ¿Qué sabemos del equipo de mercenarios que acompaña a Vortek?

—Seis operadores, todos ex-militares —informo—. Probablemente bien armados. Mouse cree que planean provocar algún tipo de incidente violento, algo suficientemente grande como para justificar la intervención federal.

—Clásico —asiente Juniper—. Crear un problema para vender la solución.

—Hay un punto estrecho aquí —explico, señalando en el mapa con el dedo índice un tramo de carretera que serpentea entre dos colinas—. Terreno elevado a ambos lados, sin rutas de escape. Podríamos colocar los explosivos para bloquear el camino, no para dañar los vehículos. Yo colocaré caltrops en la curva, pero eso tan solo detendrá al primer coche.

Juniper examina el terreno con ojo experto.

—Tú y tus caltrops. Puedo preparar cargas controladas para derribar árboles o provocar pequeños deslizamientos de tierra si quieres. Nada letal, aunque suficiente para detenerlos. ¿Te vale algo así?

—Alex irá con nosotras y documentará toda la operación utilizando un sistema seguro de comunicaciones en tiempo real con Mouse.

—Genial, si nos matan, al menos sabrán que fue Pavel Vortek —bromea Juniper, aunque creo que a Alex no le ha hecho ninguna gracia.

—Necesitaremos tres posiciones —continúo, volviéndome hacia el mapa—. Una para controlar los explosivos, otra como francotirador para neutralizar las comunicaciones de los vehículos y por si nos disparan y una tercera, más segura, para documentación y apoyo.

—He traído algunos juguetes nuevos que estoy deseando probar… ¡Boom! —añade Juniper.

—Hablas de los explosivos como si fuesen mascotas —comenta Alex, frunciendo el ceño con preocupación—. No estoy segura de si bromeas o...

—Nunca bromeo con mis bebés —responde mi antigua compañera, guiñándole un ojo mientras saca lo que parece un detonador de última generación—. Este pequeñín puede programarse con una precisión milimétrica. Una auténtica obra de arte.

Alex me observa, buscando alguna aclaración.

—Está completamente loca —le explico con una sonrisa—. Pero es la mejor.

—No me gusta presumir, pero es verdad. Soy la mejor —añade Jun, brindando antes de beber otro vaso de whisky.

—Alex, necesito que te encargues de la documentación. Lo ideal sería que te colocases aquí. Estarías en la posición opuesta a la nuestra y con una vía de escape fácil en caso de que las cosas se tuerzan. Solo necesitas mantenerte a cubierto y fotografiar todo lo que puedas.

—Podría ser más útil como un segundo tirador si como tú dices, las cosas se tuercen —protesta.

—Eres policía —le recuerdo—. Si esto sale mal, necesitamos a alguien que pueda testificar sin que su palabra sea cuestionada por un pasado militar.

Alex no parece convencida, pero asiente.

—El CheyTac M200, ¿lo tienes aquí? —pregunta Juniper.

—En el armario del dormitorio.

—Es bueno saber que no has cambiado tanto —sonríe—. ¿Sigues durmiendo con una pistola bajo la almohada?

Alex frunce el ceño y va a decir algo, pero antes de que lo haga, mi teléfono vibra con un nuevo mensaje.

Mouse: cuidado con Vortek. No es el mismo hombre que conociste en Tayikistán. Los informes psicológicos que he podido obtener sugieren un deterioro significativo. Es totalmente impredecible.

Mientras Alex se retira para ir al baño, Jun se inclina hacia mí con una sonrisa que conozco bien.

—Es guapa. Y tiene carácter. Entiendo por qué te gusta.

—No empieces —advierto.

—¿Le has contado todo? —su tono de voz cambia, volviéndose mucho más serio—. Sobre… ya sabes… las antiguas operaciones en las que participaste. Todas ellas, no solo las casi legales.

—Lo suficiente —suspiro—. Me acepta como soy.

—Esta vez luchamos en el bando de los buenos, ¿no?

—Sí —murmuro—. Esta vez luchamos por las tierras sagradas de la Nación Pies Negros y por las personas que la protegen desde hace generaciones.

—Está bien, yo diría que son los buenos —agrega Jun con un guiño de ojo.

Capítulo 10

—Convoy a 1.2 kilómetros —informa la voz metálica de Mouse por el auricular—. Dos vehículos. Detectando comunicaciones encriptadas militares.

Ajusto la posición del CheyTac M200 contra mi hombro. Viento suave, dirección noreste. Cambiante. El tipo de viento que no hace ruido, pero que a esta distancia, te jode la trayectoria si no lo respetas. Ajusto un clic a la izquierda para compensarlo. Desde esta elevación, tengo una trayectoria de tiro perfecta sobre la carretera.

Abajo, en el camino, los caltrops que he colocado esperan al primer vehículo bajo una fina capa de nieve, invisibles para cualquiera que no sepa que están ahí. A unos doscientos metros de mi posición, Juniper prepara las cargas.

—Detonación preparada —confirma a través del canal seguro—. Control remoto activado. En cuanto esos cabrones pisen nuestro pequeño escenario, les daré una bienvenida con fuegos artificiales.

—Sin bajas —le recuerdo, ajustando la mira del rifle—. Solo queremos detenerlos.

Juniper resopla.

—Antes eras más divertida, Lancer. ¿Sabes lo fácil que sería hacerlos volar por los aires?

—Jun…

—Ya, ya. Bajas cero. Solo rocas y árboles sobre sus bonitos coches. ¿Puedo volar al menos uno de ellos? Cuando ya no haya gente dentro… Solo para practicar.

Meneo la cabeza y prefiero no responder. Compruebo la posición de Alex. Unos trescientos metros en dirección opuesta, oculta entre un grupo de pinos gruesos. Desde allí puede documentar toda la operación sin exponerse demasiado. Mi Jeep está bien escondido, listo para su retirada si las cosas se tuercen demasiado.

—Sierra. Hay movimiento —confirma.

Enfoco la mira y distingo la silueta de dos vehículos acercándose por la carretera. Mouse tenía razón, han preferido no llamar la atención y no traen ningún blindaje.

—Los veo. Distancia 1000 metros y acercándose a la zona de los caltrops.

—Como en Afganistán, ¿eh? —comenta Jun y casi puedo imaginar su sonrisa—. Excepto que allí no teníamos que preocuparnos por las bajas enemigas.

—Y yo no tenía que preocuparme por ti coqueteando con mi novia —gruño, ajustando mi posición.

—¿Celosa, Lancer? —la risa de Juniper vibra en el auricular.

—Preferiría que estuvieseis concentradas en la operación en vez de andar con bromitas entre vosotras —protesta Alex.

—El convoy se ha detenido justo antes de llegar a los caltrops. Mouse, ¿actualizaciones? —inquiero con preocupación.

—Esperan a un tercer vehículo. Se unirá a ellos en poco menos de cinco minutos —informa la voz metálica.

—No te voy a preguntar cómo sabes que se acerca ese vehículo —bromeo.

Mouse deja escapar una ligera carcajada que suena demasiado extraña con la voz sintética que utiliza.

—He pedido prestado un satélite KH-11 —anuncia como si estuviese hablando de una bicicleta—. Me da una resolución de unos treinta centímetros por píxel. Lo suficiente para distinguir un Jeep de una vaca… En tiempo real, más o menos.

—El acceso no autorizado sería considerado una amenaza de seguridad nacional —le recuerdo.

—En unos minutos les devolveré el control a sus legítimos dueños, no te preocupes. Con suerte, no se darán ni cuenta.

Solamente niego con la cabeza, aunque no puedo evitar sonreír. Pensé que tras lo de Alaska, podría llevar una vida tranquila en Montana y aquí estoy; a punto de enfrentarme a un equipo de mercenarios y confiando en alguien o algo que "toma prestados" satélites espía del ejército como quien saca libros de una biblioteca.

—Vehículo adicional en posición, reinician la marcha —anuncia Mouse—. Velocidad reducida. Tiempo estimado hasta la zona de

intercepción aproximadamente noventa segundos.

—Vortek —murmuro, sintiendo cómo se me tensa la mandíbula —. ¿Lista, Jun?

—Mis explosivos están impacientes por dar la bienvenida a sus nuevos amiguitos —susurra.

El primer vehículo pasa sobre los caltrops y el sonido de neumáticos reventando es como el de una explosión. Derrapa sobre la superficie helada, tratando de mantener el control. El segundo coche frena de manera brusca para evitar la colisión. Vortek se detiene a unos metros de distancia.

—Fase uno completada —confirma Mouse—. Detectando comunicaciones de emergencia.

Los explosivos de Juniper cobran vida. Rocas, varios árboles y tierra caen sobre los tres coches, mientras que un gran árbol bloquea la carretera delante de ellos. Una segunda explosión derriba varios pinos detrás del último vehículo, cortando la retirada.

Sin vía de escape, los ocupantes comienzan a salir, armas en mano, buscando cobertura. Se ve de inmediato que son profesionales: se mueven con precisión, cubriéndose unos a otros, escaneando el terreno en busca de la amenaza.

Es mi momento. Ajusto la mira, respiro hondo, dejo escapar un poco de aire y disparo en apnea. La bala rasga el aire como un susurro mortal, impactando justo donde pretendía: el sistema de comunicaciones del primer vehículo. Un segundo disparo, y el radiador del segundo queda inutilizado.

—Sierra. Están triangulando tu posición. Muévete 20 metros al noroeste —ordena Mouse.

Una nueva explosión de Juniper les distrae mientras me muevo y busco una nueva línea de tiro.

—Vortek tiene un detonador —advierte la voz metálica de Mouse —. No permitas que lo utilice.

Me coloco en posición de tiro y es como si el tiempo se detuviese. Tomo aire, acaricio el gatillo y busco el instante perfecto entre latidos.

El disparo suena como un juicio divino. La bala recorre los 800 metros en una fracción de segundo, destrozando la mano de Vortek

y haciendo saltar el detonador, seguramente junto a varios dedos.

El mercenario deja escapar un grito de dolor y cae de rodillas, sujetando el brazo contra su pecho. La sangre comienza a teñir la nieve de un tono carmesí mientras amenaza con matar a tres de sus colaboradores, que huyen colina abajo.

Otra explosión y un alud de nieve y rocas sepulta parcialmente el segundo vehículo. El resto de los mercenarios se dispersa, dejando solo a su jefe.

—Antes de que digas nada era solo por crear dramatismo —explica Juniper, que posiblemente haya preparado alguna carga más, tan solo por asegurarse.

—Sierra, ¿qué coño haces? —grita Alex al ver que me dirijo hacia el vehículo de Pavel Vortek.

—Terminar con todo esto —gruño sin detenerme.

—La policía tribal ha sido alertada. Tiempo estimado 15 minutos —informa Mouse mientras corro colina abajo hacia la carretera.

Al llegar, me encuentro a Vortek apoyado sobre el vehículo, algo pálido por la pérdida de sangre. Ha improvisado un torniquete mal hecho, aunque continúa sangrando.

—Lancer. Debí imaginar que eras tú.

Saco la MK23 y apunto directamente a su cabeza.

—Esto termina aquí, Vortek.

—¿Ahora proteges a los indios? ¡Qué bajo has caído! Eras una de las mejores.

Sus palabras despiertan en mí una rabia familiar y demasiado peligrosa. Mi dedo índice se tensa. Sería tan fácil. Un simple movimiento y Pavel Vortek desaparecería del mundo. Un monstruo menos del que preocuparse.

Acaricio el gatillo con la yema del dedo. Siento la resistencia del primer tiempo. Es corto, como a mí me gusta. Un aviso, como si el arma pidiese permiso para matar. Lo presiono con suavidad, hasta que siento ese pequeño muro invisible que da acceso al segundo tiempo del disparador.

Ahí está.

El punto de no retorno.

Si empujo un poco más, tan solo un suspiro, el proyectil le destrozará la cabeza y pagará por todas las vidas inocentes que ha arrancado. Mi respiración se ralentiza más. El mundo se reduce a ese punto de contacto entre la yema de mi dedo índice y el metal.

—Sierra —la voz metálica de Mouse suena en mi oído—. Alex se aproxima a tu posición.

Una parte de mí, grita que dispare antes de que llegue, que termine esto de una vez. Vortek es demasiado peligroso para dejarle con vida. Lo vi en Tayikistán. Sé de lo que es capaz. Es un jodido monstruo.

—Vas a dispararme, ¿Lancer? O te has vuelto una blanda. ¿Crees que cambiaría algo? Kordex encontrará a otro como yo. Siempre lo hacen. Y tu gente seguirá muriendo.

Mi visión se tiñe de rojo. El mundo se reduce a las miras de la MK23 perfectamente alineadas, a mi dedo en el gatillo, a mi deseo de matar a un verdadero psicópata. Sonrío y presiono un poco más.

—¡Sierra!

El susurro de Alex rompe el hechizo. De repente está aquí, a mi lado.

—Tú no eres como ellos —suspira—. No es lo que la Nación Pies Negros te pidió. No es para lo que te convertiste en *Na'komaáki*.

Dudo un instante, lo suficiente como para recordar que aún soy humana. El colgante tribal parece arder contra la piel de mi pecho.

Lentamente, bajo el arma.

—Siempre esa maldita conciencia. Tienes que demostrar que eres mejor que los demás, ¿verdad? O quizá eres tan solo una cobarde —provoca Vortek.

Alex me observa con miedo, es plenamente consciente de la guerra que se libra en mi interior. Con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco, acaricia con suavidad la parte baja de mi espalda.

—Tenemos pruebas. Todo está grabado —me recuerda—. La policía tribal está de camino —añade—. Ellos le entregarán al FBI. Kordex no podrá salvarle. El dinero no puede comprarlo todo.

Vortek simplemente deja escapar una carcajada.

El sonido de varios vehículos que se aproximan interrumpe nuestra conversación. La policía tribal.

—Esto no ha terminado, Lancer —murmura mientras se lo llevan.

—Quería matarle —confieso en voz baja.

Alex asiente, sin sorpresa ni juicio.

—Lo sé. Pero entonces no serías distinta a él, ¿verdad?

—Mouse dice que la agente Walker del FBI tiene ya toda la información —anuncia Juniper cuando llega hasta donde estamos. Al parecer han encontrado armas y explosivos en un almacén cerca de Kalispell.

—Kordex intentará desvincularse —advierte Alex—. Dirán que Vortek actuó por su cuenta, que no le habían contratado para eso.

—No importa —admito—. El consejo tribal sabrá la verdad antes de la votación. Y con suerte, la presencia del FBI mantendrá a raya a cualquier otro mercenario que Kordex quiera contratar.

Capítulo 11

La verdad pesa casi tanto como la nieve sobre los pinos del Parque Nacional Glacier. Se acumula despacio, casi sin hacer ruido, hasta acabar doblando incluso las ramas más fuertes.

El reportaje sobre Kordex Earth Metals aparece simultáneamente en diez periódicos diferentes, desde el pequeño noticiario de la reserva de la Nación Pies Negros hasta prestigiosas publicaciones de tirada nacional. Las mismas fotografías, los mismos correos electrónicos internos, los mismos contratos con mercenarios. La misma historia de codicia disfrazada de progreso.

Mi teléfono móvil vibra sin cesar. Tres llamadas perdidas de mi supervisor en el parque nacional, dos mensajes de Running Wolf y uno más de la agente Alicia Walker del FBI.

—Parece que tu amigo Mouse se ha tomado muy en serio lo de filtrar información a la prensa —indica Alex, dejando caer el periódico sobre la mesa de la cocina.

—Nunca hace nada a medias —admito, acariciando de manera instintiva el colgante tribal que descansa sobre mi pecho—. Supongo que encontró a los periodistas adecuados. Las pruebas son sólidas y, conociendo a Mouse, no hay forma de trazar la información hasta su fuente.

—¿Crees que será suficiente? —inquiere mientras sirve una taza de café para cada una.

Antes de que pueda responder, el ordenador emite un pitido. La pantalla muestra una llamada entrante del servidor seguro que utiliza Mouse. Juniper ya está conectada desde Houston.

—Tenemos reunión de guerra —bromea Alex, sentándose junto a mí.

Acepto la videollamada y la pantalla se divide. A la izquierda, aparece Juniper, sentada en el puente de su barco, con el Golfo de México de fondo. A la derecha, un icono parpadeante, sin imagen. Como un fantasma.

—Buenos días, Mouse —saludo—. Ya hemos visto que has estado ocupado.

—El FBI está clasificando parte de la información —responde la voz sintética—. Pero lo esencial ya forma parte del dominio público. Imposible de contener. Kordex no se acercará a esas tierras, bastante tiene con dar explicaciones razonables de lo ocurrido.

—Eh, Mouse, ¿no te interesaría montar una empresa conmigo? —interrumpe Juniper con una sonrisa—. Sería casi todo trabajo legal... más o menos. Con tus habilidades y mis contactos, podríamos ganar mucho dinero.

—Ambas sabemos que eso nunca va a pasar —corto, negando con la cabeza—. Mouse tiene sus propias motivaciones.

El icono parpadea en la pantalla, como si considerase la propuesta.

—Prefiero la libertad de no tener jefes. Ni socios, ni horarios —responde al fin la voz metálica—. Además, Juniper, ni tú ni yo somos buenos cumpliendo la legalidad a rajatabla.

Jun pone los ojos en blanco y deja escapar una carcajada.

—¿Qué dice nuestra amiga del FBI? ¿Tienen suficiente para hundir a Kordex?

—Más que suficiente, según me dijo esta mañana —confieso—. Los mercenarios, los sobornos, las muertes… todo conectado.

—¿Y Whispering Stone? —pregunta de pronto Alex, inclinándose hacia la cámara—. ¿También tienen pruebas contra él?

—He revisado de nuevo sus finanzas —interviene Mouse—. Pagos mensuales desde una subsidiaria de Kordex. Cinco mil dólares cada treinta días. Pero hay algo más: transferencias médicas. A nombre de su madre. A un hospital en Missoula.

De repente, se forma un silencio incómodo entre nosotros.

—Joder. ¿Tratamiento de cáncer? —suspira Alex, aunque por su tono, creo que ya conoce la respuesta.

—Se está muriendo —confirma Mouse—. Cáncer de páncreas. Tratamiento muy costoso. Experimental. Sin un seguro médico que lo cubra. La familia vendió todo lo que tenía y pidió dinero prestado. Aun así, no era suficiente.

Cierro los ojos un instante y muerdo mi labio inferior.

Michael Whispering Stone, el "modernizador", el "ambicioso", el "traidor". Al final no era más que un hombre desesperado tratando de salvar la vida de su madre. Otro ángulo que cambia la historia.

—Supongo que Kordex lo sabía, ¿verdad? —inquiero, bajando el tono de voz.

—Lo sabían perfectamente —confirma Mouse—. Tengo correos donde discuten específicamente cómo "aprovechar la situación" de Whispering Stone. Buscaron su punto débil y lo explotaron.

—Qué hijos de puta —escupe Juniper—. ¿Qué harás con esa información, Sierra?

—Deberíamos hablar con él —interviene Alex—. No creo que nada pueda librarle de la cárcel, pero se merece que los ancianos sepan por qué lo hizo, aunque no sea justificable.

—¿Dónde está ahora?

—En su casa, en la reserva. Custodiado por la policía tribal —responde Mouse—. No ha salido desde que apareció el reportaje esta mañana. Su teléfono ha recibido treinta y siete llamadas. No ha contestado a ninguna —agrega.

—¿Siempre tienes vigilado a todo el mundo? —inquiere Alex, alzando las cejas.

—Solamente a quienes me interesan —responde y casi puedo imaginar una sonrisa tras esa voz sintética—. Sierra, hay algo más que deberías saber para cuando vayas a hablar con él. He estado investigando programas experimentales para casos como el de la madre de Whispering Stone. Hay uno en Rochester, Minnesota. Tasa de éxito superior al 60 %. Podría ayudar a salvar la vida de esa mujer.

Juniper sacude la cabeza y se lleva la mano a la frente en Houston.

—Te estás convirtiendo en un blando, Mouse. ¿Desde cuándo te preocupan las historias personales?

El icono parpadea varias veces antes de responder.

—Incluso los fantasmas tenemos corazón, Juniper.

La línea se corta de pronto. Mouse siempre ha tenido una debilidad especial por las despedidas dramáticas.

***

La casa de Michael Whispering Stone es modesta. Una construcción de madera de una sola planta, con un pequeño porche cubierto por un tejado inclinado para evitar la acumulación de nieve. El jardín muestra ya las primeras señales de abandono. El único vehículo visible es un viejo Ford Ranger azul con manchas de óxido.

Golpeo la puerta tres veces. No hay respuesta. Vuelvo a intentarlo, esta vez con más fuerza.

—Sé que estás ahí, Michael —expongo en voz lo suficientemente alta como para que me escuche desde dentro—. Solo queremos hablar.

Tras una larga espera, escuchamos torpes pasos acercándose a la puerta. Al abrirse, aparece frente a nosotras un hombre demacrado, muy diferente del joven seguro y ambicioso que vimos en el funeral. Tiene los ojos hinchados y enrojecidos. Barba de un par de días. Una botella de whisky medio vacía en la mano.

—¿Vienes a reírte de mí, *Na'komaáki*? —escupe la palabra como si fuese un insulto—. ¿O a llevarme para que me juzguen?

—Solo venimos a hablar —responde Alex casi como un suspiro—. ¿Podemos pasar? Por favor.

Michael duda un instante. Finalmente, se aparta de la puerta sin decir palabra y nos permite el paso.

El interior de la casa está tan deteriorado como su dueño. Platos sucios en el fregadero, papeles esparcidos por la mesa del comedor, una manta abandonada en el sofá. Señales de una noche sin dormir. O varias.

—Mi madre aún no lo sabe —murmura, dejándose caer en una vieja silla—. No ha visto las noticias. Ni siquiera sé cómo decírselo.

—¿Está aquí?

—En el hospital —explica, frotándose los ojos—. Ingresada desde hace cinco días. Una complicación del tratamiento que recibe. Los médicos dicen que no está funcionando como esperaban. Necesitan probar algo más agresivo.

—Y mucho más caro —añado.

Michael baja la mirada con vergüenza.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenemos… información —responde Alex con cautela—. Sabemos por qué aceptaste el dinero de Kordex.

—No lo entiendes —se defiende—. No tienes ni idea de lo que es ver a tu madre consumirse día tras día, sabiendo que existen tratamientos que podrían salvarla, pero que cuestan más dinero del que tendrás jamás.

Se cubre el rostro con las manos, aunque no consigue contener un sollozo.

—Lo hice para salvar a mi madre, nunca supe lo de los asesinatos, lo de Mary… lo juro.

Alex se sienta a su lado. Deja el espacio suficiente como para no invadir su intimidad, pero al mismo tiempo, permanece lo bastante cerca como para que sienta su presencia.

—Te creemos —suspira—. Sabemos que no querías nada de eso, aunque las consecuencias han sido desastrosas.

—Traicioné a mi pueblo —responde, limpiándose el rostro con la manga de su camisa arrugada—. El espíritu de mis antepasados jamás descansará en paz.

Su voz se apaga. Está atrapado entre la lealtad y la supervivencia. Un lugar que conozco demasiado bien.

—Hay otras formas. Un programa experimental en Rochester, Minnesota —explico—. Para casos como el de tu madre. Su tasa de éxito es superior al 60 %. Y podemos conseguir que sea admitida.

Michael me mira con desconfianza.

—¿Por qué harías eso? ¿Por qué me ayudarías?

—Porque yo también he vendido partes de mi alma —confieso, acariciando el colgante tribal que cuelga sobre mi pecho—. Y sé lo que cuesta recuperarlas.

Se hace un silencio solo interrumpido por el viento que golpea contra las ventanas. Michael me mira como si tratase de entender si hay alguna trampa en mis palabras.

—¿Qué quieres a cambio? —pregunta al fin.

—La verdad —respondo—. Solamente la verdad. Lo que Kordex hizo, lo que te pidieron, lo que sabías y lo que no. Y después, tendrás que asumir las consecuencias.

—Sé que iré a la cárcel de igual modo —confiesa con un largo suspiro.

—Pero esta vez harás lo correcto. Por ti y por tu gente.

Capítulo 12

El salón en el que se celebra el consejo tribal está lleno a rebosar. Ancianos y jóvenes, familias enteras, han acudido a la votación de emergencia. Red Elk preside la asamblea con la dignidad serena que solo sus numerosos años pueden otorgar. A su derecha, los miembros más ancianos del consejo. A su izquierda, los más jóvenes. Entre ellos, un asiento vacío: el de Michael Whispering Stone.

Me mantengo de pie al fondo de la sala, mi espalda recta y las manos cruzadas tras la espalda. Por algún motivo, es la postura militar que mi cuerpo adopta de manera instintiva en situaciones de tensión. Alex permanece a mi lado, nerviosa, sintiéndose una intrusa a pesar de que tiene el permiso del consejo para estar aquí.

Michael entra en la sala, escoltado por dos oficiales de la policía tribal. No lleva esposas, pero la hostilidad en las miradas de casi todos los presentes es una cadena aún más pesada que el acero. Se detiene en el centro, frente a los ancianos.

—Michael Whispering Stone —comienza Red Elk alzando la voz—. Has pedido ser escuchado por este consejo antes de que la policía tribal te entregue al FBI para ser juzgado y posiblemente enviado a una cárcel federal. Se te concede esa petición.

Michael respira hondo antes de empezar a hablar. Cuando por fin lo hace, su voz tiembla al principio, pero gana firmeza con cada palabra.

—He traicionado a mi gente —confiesa—. He aceptado dinero de Kordex Earth Metals para influir en las decisiones del consejo. Me pagaron para dividir a la Nación Pies Negros y convencer a todas las personas que pudiese de que los estudios geológicos eran buenos. Unos estudios que habrían sido el primer paso para la explotación de nuestras tierras sagradas.

Un murmullo de inquietud recorre la sala y Michael alza ligeramente la voz.

—Como casi todos sabéis, mi madre se está muriendo. Sé que no es excusa, pero esa es la razón por la que lo hice. Porque necesitaba dinero para unos tratamientos médicos que no podía pagar. Ahora me arrepiento. Nada justifica traicionar la confianza de mi gente.

El murmullo se intensifica, pero Red Elk levanta su mano derecha y se hace el silencio.

—Juro que no sabía que planeaban asesinar a Mary Two Feathers —continúa—. No sabía que habían contratado mercenarios que planeaban sembrar el caos en la reserva. Y cuando empecé a sospechar, reconozco que no hice nada. Miré hacia otro lado, porque necesitaba el dinero. Esa es mi culpa y la cargaré el resto de mis días.

Las lágrimas ruedan por sus mejillas. No hace ningún intento por ocultarlas.

—Estoy preparado para enfrentarme a las consecuencias. Sean las que sean. Haré lo necesario para reparar el daño que he causado.

El silencio que sigue a sus palabras es profundo. Nadie se mueve, nadie habla, ni siquiera murmura.

Red Elk se pone de pie con lentitud. Su mirada se detiene en cada rostro, hasta que finalmente encuentra la mía. Con un gesto casi imperceptible, me invita a acercarme.

—Como *Na'komaáki*, tienes derecho a hablar —anuncia.

Sorprendida, me aclaro la garganta. No estoy acostumbrada a hablar en público, menos aún en circunstancias como esta. Soy una persona de acción, no de palabras.

—Todos somos conscientes de que Michael Whispering Stone ha cometido un grave error —comienzo—. Ha traicionado la confianza de la Nación Pies Negros. Pero lo ha hecho por amor, no por codicia. Por desesperación, no por maldad.

Observo los rostros a mi alrededor. Algunos muestran comprensión, otros recelo.

—Yo misma he cometido errores —continúo—. He tomado decisiones de las que no me siento orgullosa. Y sé que el camino hacia la redención es largo y difícil. Pero también sé que es posible.

Me giro para mirar directamente a Michael.

—El verdadero enemigo no es este hombre, sino quienes intentaron aprovecharse de su debilidad. Quienes vieron esta tierra tan solo como un recurso que explotar. Quienes estaban dispuestos a matar para conseguir lo que querían.

Muchas de las personas asienten lentamente con la cabeza.

—La Nación Pies Negros debe decidir cómo tratar a uno de los suyos. Seguramente cumplirá una larga condena en una cárcel federal. Pero creo que en la compasión, en la capacidad de perdonar, es donde reside la verdadera fuerza de una noble Nación como los Pies Negros. Por eso, solicito que cuando Michael Whispering Stone cumpla su pena, no sea apartado de su gente, sino que se realice una ceremonia de perdón para que pueda unirse de nuevo.

Al terminar de hablar, retrocedo, inclinándome con respeto, y regreso junto a Alex. Red Elk asiente levemente en mi dirección antes de dirigirse de nuevo a la asamblea.

—Hemos escuchado a Michael Whispering Stone. Hemos escuchado a la *Na'komaáki*. Ahora es el momento de decidir.

La votación es rápida y unánime. Las tierras ancestrales de la Nación Pies Negros son declaradas sagradas e intocables, se prohíbe cualquier explotación. En cuanto a Michael, será entregado al FBI por la policía tribal para que sea juzgado y cumpla su pena, pero cuando lo haga, se le permitirá un proceso de rehabilitación.

Cuando los asistentes comienzan a dispersarse, Red Elk se acerca a mí. Las profundas arrugas que surcan su frente se asemejan a los cañones que atraviesan estas tierras.

—Las raíces que no puedes ver también te sostienen —asegura, bajando el tono de voz—. Lo que has hecho estos días permanecerá en la memoria de la Nación Pies Negros durante generaciones.

—No lo hice sola —reconozco, acariciando sin darme cuenta el colgante tribal que llevo al cuello.

—Una Guardiana nunca está sola —afirma el anciano—. Aunque camine en soledad. Hay un último asunto, *Na'komaáki* —continúa Red Elk—. La hermana menor de Mary Two Feathers. Ha perdido a su madre y ahora a su hermana. Tan solo tiene a su abuela. Necesita una guía. Alguien que entienda su dolor.

—No soy la persona adecuada para eso —respondo de inmediato, sintiendo el nudo que se forma en mi garganta—. No sé nada sobre niños.

—No te pido que la críes —sonríe—. Solo te pido que la conozcas. Que le muestres que se puede superar el dolor. Que le enseñes a ser fuerte, como tú lo eres.

Antes de que consiga protestar, el anciano se aleja, perdiéndose entre las personas que abandonan la sala. Alex se acerca, acariciando con suavidad la parte baja de mi espalda.

Desvío la mirada hacia la puerta, donde una niña de unos ocho años observa la sala con unos ojos enormes y llenos de tristeza. Unos ojos que han visto demasiado para su edad. Unos ojos tristes que me recuerdan a otra niña, en otro lugar muy lejos de aquí, en otro tiempo.

—¿Estás lista para volver a casa? —pregunta Alex.

—Todavía no —suspiro—. Creo que hay alguien a quien debo conocer primero.

Capítulo 13

El resplandor anaranjado del fuego ceremonial devora las primeras sombras de la noche.

Hoy comienza el *Naatosi*, el retorno gradual del sol. Es la noche más larga. El solsticio de invierno.

Red Elk levanta los brazos hacia el cielo y comienza a cantar. Su voz profunda se eleva en una melodía que casi parece salir no de su garganta, sino de la propia tierra. Pronto, los demás ancianos se unen, formando un sonido que suena más antiguo que las mismas montañas que nos rodean.

—El canto habla de la guardiana —explica una voz de niña a mi derecha.

Lily Two Feathers, la hermana menor de Mary, permanece a mi lado. De algún modo, ha empezado a buscar en mí la ausencia de su hermana mayor. Algo que me asusta y me halaga a partes iguales.

—¿Qué dice? —inquiero bajando la voz, todavía incómoda por la admiración que detecto en su mirada.

—Habla de cómo la *Na'komaáki* viene cuando la tierra sangra y la tribu se divide —traduce, sus ojos fijos en el fuego—. De cómo la guardiana camina entre dos mundos, el nuestro y el de los *Napikwan*. No pertenece por completo a ninguno de ellos, pero protege a ambos.

Los tambores comienzan a sonar con más fuerza y mi pulso parece sincronizarse con ellos, acelerándose. Por un breve instante, el sonido me transporta. Ya no estoy en Montana, sino en un desierto lejano. No es un tambor ceremonial lo que escucho, sino el golpeteo seco de la hélice de un helicóptero Black Hawk. El aire frío se convierte en un calor sofocante. El aroma a pino y leña quemada se transforma en olor a sangre y pólvora.

—Sierra —la voz de Alex me arrastra de vuelta al presente.

Asiento, obligándome a respirar hondo mientras ella aprieta mi mano entre las suyas.

Un grupo de niños pequeños corre alrededor del fuego, sus risas contrastan con la solemnidad del ritual. Algunos se detienen para mirarme con una mezcla de curiosidad y asombro. Un niño de unos seis años, con el pelo negro recogido en dos pequeñas trenzas, se separa y camina directamente hacia mí. Se detiene a escasos centímetros, levantando la mirada con nerviosismo.

Extiende la mano y me entrega una pequeña figura tallada en madera. Es un águila, sus alas extendidas como si estuviese a punto de emprender el vuelo.

—Para que te proteja —dice simplemente antes de marcharse corriendo con el resto de los chiquillos.

Contemplo la figura, sorprendida por el cuidado con el que ha sido tallada. Son detalles simples, pero precisos, como si quien la hizo comprendiese la propia esencia del águila más allá de su forma.

—El águila ve lo que otros no pueden ver —comenta Red Elk junto a nosotras—. Como tú, Sierra Lancer.

—Nunca pensé que serviría de este modo —confieso en voz baja, casi como si no quisiese que nadie pudiese escucharme.

Red Elk asiente lentamente con la cabeza, como si estuviese esperando esas mismas palabras.

—Los caminos que nos traen a casa rara vez son los que esperamos —me asegura—. El guerrero que solo conoce la batalla nunca encuentra la paz. Pero quien aprende a proteger sin destruir, encuentra un propósito en la vida.

Juniper se acerca desde el otro lado del círculo. Ha venido a la ceremonia desde Houston como invitada, aunque sé que en parte lo ha hecho para asegurarse de que estoy bien.

—¿Ahora es cuando empiezan los fuegos artificiales? —bromea.

—No digas gilipolleces —susurro.

—Ese bicho —indica, señalando la figura en mi mano—. Supongo que ahora tendrás que ponerle un nombre y todo eso, ¿no?

No puedo evitar sonreír.

—No es una mascota, Jun.

—¿No? Pues parece que has adoptado a toda la Nación Pies Negros —ironiza, aunque pronto su expresión se vuelve más seria—.

Te queda bien, ¿sabes? Este lugar. Esta gente. Tú… pareces de algún modo menos… tú.

—¿Menos yo?

—Menos llena de sombras —explica, encogiéndose de hombros —. Como si hubieses dejado salir algunos de tus fantasmas para hacer sitio a cosas nuevas. Cosas más positivas. Si hasta tienes una ahijada y un águila de juguete.

—Supongo que es verdad —reconozco—. Quizá sí que he dejado salir a alguno de mis fantasmas.

—Hablando de fantasmas —continúa, bajando la voz—. Nuestro amigo invisible me llamó anoche. Tengo un nuevo trabajo.

—¿Houston se ha vuelto aburrido?

—Más bien se ha vuelto peligroso —responde—. Tras nuestro pequeño lío en Alaska y ahora con Kordex, Mouse piensa que es mejor que me mueva. Por si acaso.

—¿En qué consiste ese nuevo trabajo?

—Es altamente confidencial, pero ya te lo puedes imaginar… ¡Boom! —añade, haciendo un gesto exagerado con las manos.

Antes de que pueda responder, la ceremonia parece llegar a su punto culminante. Red Elk se acerca al fuego y arroja un puñado de unos polvos que consiguen que las llamas se eleven durante unos segundos con un color azulado. Levanta ambas manos hacia el cielo y habla con voz potente.

—Está dando las gracias a los espíritus —traduce Lily, que se ha mantenido todo el tiempo a mi lado.

El anciano se gira hacia mí y me hace un gesto para que me acerque al fuego. Dudo un instante, pero Juniper me empuja hacia delante y no tengo más remedio que avanzar.

—Sierra Lancer, Has cumplido tu promesa como *Na'komaáki* —continúa—. Has protegido nuestra tierra cuando estaba amenazada. Has traído la verdad cuando la mentira se extendía como un veneno. Has honrado el cuchillo y el colgante que te fueron confiados.

Un silencio expectante cae sobre la reunión. Hasta los niños se han quedado en silencio.

—El consejo de ancianos ha decidido que siempre tendrás un lugar entre nosotros —declara—. Tu nombre será tallado en la piedra

de los guardianes, junto al de aquellos que han protegido a la Nación Pies Negros a lo largo de los siglos.

Un murmullo de aprobación recorre la asamblea.

—No sé qué decir —respondo sin encontrar las palabras adecuadas—. No hice nada que...

—Hiciste lo que era necesario —me interrumpe Red Elk—. Ni más, ni menos. Eso es lo que hace una guardiana.

Dos mujeres se acercan a nosotros con una manta tradicional de los Pies Negros. Sus colores brillantes forman patrones geométricos, cada uno con un significado que desconozco, pero que puedo intuir: historias tejidas en lana, memorias convertidas en arte.

—Este es nuestro regalo —explica, mientras las mujeres la despliegan frente a mí—. Para recordarte que, aunque camines entre dos mundos, siempre tendrás un hogar en nuestra tierra.

A continuación, colocan la manta sobre mis hombros. Pesa mucho más de lo que esperaba, aunque no solo físicamente. Representa algo que nunca creí que tendría de nuevo: un sentimiento de pertenencia como el que tenía en las fuerzas especiales.

Alex se acerca y me abraza desde atrás antes de besar mi cuello.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —respondo dejando escapar un largo suspiro —. Es solo que… no sé si merezco esto.

—No se trata de merecer —interviene Juniper, uniéndose a nosotras—. Se trata de aceptar. Si hay alguien que se merece todo esto, eres tú.

La fiesta continúa mientras la noche avanza. Nos sirven una deliciosa comida tradicional: pan frito llamado *bannock*, venado seco, carne de bisonte preparada según recetas antiguas. La comunidad come, canta, cuenta historias. Algunos pequeños curiosos se acercan a mí y tocan con timidez la manta sobre mis hombros. Alguien ríe. Un niño corre. El tambor sigue sonando junto al fuego. Hay danza, pero también conversación. No me siento una extraña. Estoy en casa.

Hacia medianoche, mientras las estrellas brillan sobre el cielo de Montana, me separo un poco del grupo. Necesito un instante de

soledad para procesar todo lo ocurrido.

Sentada sobre un tronco caído, contemplo en la lejanía las luces distantes de Coram en el valle.

—Los solitarios siempre encuentran la manera de alejarse, incluso en medio de una celebración —comenta una voz a mi espalda.

Me giro para encontrar a la anciana que participó en la ceremonia de la guardiana. Se acerca con pasos lentos pero seguros a pesar de su edad. Sin decir nada más, se sienta a mi lado y fija la mirada en el horizonte.

—Necesitaba pensar —le explico.

—Piensas demasiado, Sierra Lancer —bromea con una sonrisa cansada—. Casi siempre es mejor sentir que pensar.

Nos quedamos en silencio durante varios minutos, simplemente escuchando el aullido del viento entre los pinos y el lejano murmullo de la celebración junto a la hoguera.

—¿Qué pasará ahora? —pregunta de pronto.

—La empresa minera ha retirado su solicitud —respondo—. Y el FBI está investigando sus vínculos con el grupo de mercenarios.

—Es un espíritu útil ese Mouse —comenta—. Pero no preguntaba por la tierra, sino por ti, *Na'komaáki*.

La pregunta me pilla por sorpresa. Nunca he sido buena planificando un futuro que no incluyese la siguiente misión.

—No lo sé —admito con un suspiro—. Supongo que... Bueno, intentaré vivir una vida normal.

La anciana deja escapar una risa casi infantil.

—¿Normal? No, Sierra Lancer. Eso no es para ti, ni para mí, ni para ninguno de los que caminan entre mundos. La normalidad es para quienes nunca han visto lo que tú has visto.

Coloca una mano sobre la mía y la aprieta con una fuerza sorprendente.

—Te esperan más batallas —anuncia y su voz adquiere un tono distante, como si no fuese ella quien habla—. No todas serán con armas. La mayor parte estarán aquí —agrega, tocando mi cabeza—, y otras aquí —sus dedos se posan sobre mi corazón.

—No las quiero —protesto—. Ya he tenido suficiente.

—Ellas te encontrarán, lo quieras o no —responde con una certeza inquietante—. Pero ahora tienes algo que antes no tenías.

—¿Qué?

—Raíces —dice simplemente, señalando el suelo bajo nuestros pies—. Y alas —agrega, mirando la figura de águila que aún sostengo en la mano.

Capítulo 14

—Te contaré la historia de la primera *Na'komaáki*.

Simplemente, asiento lentamente con la cabeza, incapaz de desviar la mirada de su rostro, que parece irradiar una paz extraña. La anciana cierra los ojos como buscando en su interior.

—Ocurrió hace muchas lunas, mucho antes de que los *Napikwan*, la gente blanca, pisaran estas tierras. En esos años, el búfalo era abundante y nuestro pueblo vivía en armonía con la tierra. Pero ese invierno fue el más cruel que se recordaba. La nieve caía sin cesar, el viento cortaba como cuchillos de hielo y el hambre acechaba nuestro campamento.

Trato de imaginar el sufrimiento de la Nación Pies Negros en esos días. El frío de Montana puede ser extremo incluso hoy, con abrigos y calefacción. En aquellos tiempos, debió ser un enemigo implacable.

—Una mañana, nuestros cazadores encontraron a una niña medio congelada en la nieve. No era de nuestra nación y había perdido a toda su gente. Nadie sabe cómo llegó hasta allí. La llamaron Apikunni, "la que viene de lejos". Aunque no compartía nuestra sangre, la acogimos y creció entre nosotros.

La anciana aprieta de nuevo mi mano y sonríe antes de proseguir con su historia.

—Cuando Apikunni creció, demostró tener unas habilidades extraordinarias. Rastreaba la caza como el lobo, tenía la vista del águila y luchaba con la fortaleza del oso. Pero su mayor don era el corazón. Aunque no había nacido Pies Negros, amaba a nuestra gente como si fuese su verdadera familia.

De manera inconsciente, acaricio con la punta de los dedos el colgante que descansa sobre mi pecho y siento una extraña conexión con esa mujer de otro tiempo, como si su historia encendiese algo dentro de mí.

—Un día, mientras los hombres cazaban lejos del campamento, nos atacaron unos guerreros Apsáalooke —continúa la anciana—.

Apikunni, en lugar de esconderse con las mujeres y los niños, cogió un cuchillo de sílex, ese mismo que llevas en tu cintura, y se enfrentó a ellos.

De pronto, los tambores de la celebración parecen intensificar su ritmo, como queriendo añadir tensión a la historia.

—No luchó para matar —explica—. Luchó para proteger. Confundió a los enemigos, les obligó a perseguirla entre las rocas nevadas y les mantuvo a raya hasta que nuestros guerreros regresaron. En esa noche oscura en que la luna era tan delgada como la uña de un bebé y hacía tanto frío que el búho no cantaba, el jefe tuvo una visión. Los espíritus le mostraron que Apikunni había sido enviada para proteger a nuestro pueblo en tiempos de necesidad. Aunque no tenía nuestra sangre, su espíritu se entrelazaba con el nuestro. Así nació la primera *Na'komaáki*.

El viento aúlla ahora entre los árboles, como deseando añadir su voz a la historia.

—Apikunni vivió muchos inviernos entre nosotros. Enseñó a los guerreros nuevas formas de defender el campamento. Mostró a nuestras mujeres plantas medicinales que desconocíamos.

De pronto se detiene y toca mi colgante con el dedo índice.

—Ese colgante le perteneció. Fue tallado de una extraña piedra que cayó del cielo una noche sin luna. Ha pasado de *Na'komaáki* a *Na'komaáki* durante generaciones. Antes de unirse a los ancestros, Apikunni dejó una profecía —continúa la mujer—. En tiempos de gran peligro, cuando la división amenaza con destruirnos, otra *Na'komaáki* vendría en nuestra ayuda. Alguien que, como ella, no habría nacido entre nosotros, pero cuyo espíritu estaría ligado al nuestro.

—¿Cómo podéis estar seguros? —inquiero en voz baja—. ¿Cómo podéis saber que yo soy quien la Nación Pies Negros necesita? He hecho cosas horribles. Cuando estaba en las fuerzas especiales, yo…

—Ella también dudó —responde con calma—. Pero el águila no duda al volar, ni el río duda cuando fluye. Su naturaleza es esa: volar o fluir. Y la tuya, Sierra Lancer, es proteger. No porque te lo pidamos o porque quieras hacerlo, sino porque eres así.

—Ojalá estuviese yo tan segura —admito, dejando escapar un largo soplido.

—La primera vez que escuché hablar sobre ti, te describieron como *Napikwan oma nitsikákomimm*, "la persona blanca que siempre hace preguntas". Kato Running Wolf decía que querías saber más que los propios espíritus, pero que tu corazón escuchaba de verdad.

—Echo de menos a Kato. Era un buen amigo. Siento no haber podido salvar su vida —murmuro, sintiendo una punzada de dolor en mi pecho al recordar su muerte.

—Kato te adoraba. Dijo que jamás había conocido a una *Napikwan* como tú. Pero recuerda, Sierra Lancer, la verdadera fuerza de una *Na'komaáki* no está en su capacidad para luchar, sino en su habilidad para unir lo que está separado. Para ver con ojos que no están nublados por el odio o el miedo. Para caminar entre mundos y tender puentes donde otros solo ven abismos.

La anciana se levanta con un esfuerzo que intenta disimular. Por un instante, parece más vieja y cansada de lo que estaba hace tan solo unos minutos.

—Las historias nos recuerdan quiénes somos —agrega antes de alejarse—. Otras veces, nos muestran quiénes podemos llegar a ser.

Sin decir nada más, sin ni siquiera despedirse, regresa junto al fuego y se une a los demás. Alex aprovecha para sentarse a mi lado, ocupando su lugar, y apoya la cabeza en mi hombro.

—Ha sido precioso —susurra—. La historia que te ha contado, la forma en que han preservado sus tradiciones a través del tiempo.

—¿Estabas escuchando?

—No he podido evitarlo —confiesa, acunando mi rostro para besarme en la frente.

Solamente sonrío, agradecida por tenerla junto a mí, aunque sea incapaz de expresar con palabras cuánto la quiero.

—¿Sabes? Cuando te conocí, pensé que eras la persona más solitaria que jamás había visto. Como si estuvieses rodeada de un muro invisible que nadie podía cruzar. Te juro que era como si la sola presencia de seres humanos a tu alrededor te molestase —confiesa

de pronto, tapándose ella también con la manta ceremonial que me han regalado.

—¿Y ahora?

—Ahora, esos muros siguen ahí —responde, entrelazando sus dedos con los míos—. Pero también has empezado a construir puertas. Son pequeñas, quizá estrechas y difíciles de encontrar… pero al menos están ahí. ¿Volvemos a casa? Juniper está enseñando a unos niños cómo fabricar explosivos con cosas que se pueden comprar en el supermercado, y creo que los adultos comienzan a preocuparse.

No puedo evitar reírme mientras pongo los ojos en blanco. Sería muy típico de Jun.

—Dame cinco minutos más y también un abrazo —solicito—. Solo quiero... recordar esta noche.

—Guau. Me gusta esta nueva versión de Sierra —bromea, apretándome contra su cuerpo.

Simplemente, me dejo mimar mientras mi mirada se pierde en el horizonte. Las luces de Coram brillan a lo lejos, aunque esta noche, parecen de algún modo diferentes.

Alex me besa en la sien, acaricia mi espalda con suavidad, pero no consigo sacar de mi mente las palabras de la anciana. Las batallas siempre me han encontrado. Han definido mi vida. Me han moldeado, me han roto. Me han llenado de cicatrices, tanto físicas como mentales.

Pero esta vez, cuando lleguen, y estoy segura de que llegarán, no me encontrarán sola.

Esta vez, cuando la oscuridad vuelva a llamar a mi puerta, responderé no solo como Sierra Lancer, ex miembro de las fuerzas especiales, francotiradora, superviviente.

Lo haré como *Na'komaáki*. La guardiana sin sangre Pies Negros. La protectora de una tierra que nunca esperé llamar mía.

Y, sobre todo, lo haré por Alex, porque de algún modo que no consigo entender, ha comenzado a sanar mis heridas.